

SERES SUPERIORES

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION

SERES SUPERIORES

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

Oakley Farms era un pueblecito de menos de cuatrocientos habitantes, en el estado norteamericano de Georgia. Un lugar tranquilo, soleado, cuyos habitantes eran en general amables. Más de la mitad de los vecinos eran de raza negra, pero parecía que la conveniencia no presentaba grandes problemas.

En conjunto, reunía los requisitos necesarios para que el escritor Dickson Maxwell se hubiera instalado en él hacía una semana. No estaba en absoluto arrepentido de haberlo elegido para terminar su novela.

No había hotel en Oakley Farms, de modo que Dickson Maxwell, más que encantado por esta circunstancia, se hospedó en la casa de los Jackson, una familia de raza negra. Por una cantidad módica, el escritor consiguió un cuarto con mucha luz, con agradables vistas, y, sobre todo, lo que más ansiaba: tranquilidad absoluta.

Sin embargo, esto no significaba que Dickson Maxwell fuese un ser poco sociable. Al contrario, le encantaba conversar con la gente. Pero eso, sí, cuando había terminado su jornada de trabajo. Nada de visitas, nada de llamadas telefónicas, nada de injerencias. Lo que él quería era terminar cuanto antes su novela, que su editor estaba esperando.

Solía trabajar tres horas por la mañana y dos por la tarde, salvo que, como decían los graciosos, «la musa le inspirase», en cuyo caso no le importaban las horas.

Al mediodía, solía encontrarse con la señorita Myrna Masterson, una joven de aspecto delicado que también salía de la casa donde había encontrado alojamiento, para dar un paseo y tomar el sol. Pero la señorita Masterson no era muy habladora, y Dickson llegó a la conclusión de que sus acercamientos no le hacían demasiada gracia, por lo que en ningún momento se excedió. La señorita Masterson también era forastera, pero no escribía libros. No hacía nada, salvo descansar y dar cautelosos paseos al sol.

Había más forasteros. Por ejemplo, los Howell, el simpático matrimonio de jóvenes rubios y hermosos que siempre reían y que se pasaban el día paseando en su coche por los alrededores. Y los tres cazadores, que se iban temprano a los Okefenokee Swamps en busca

de patos a los que abatir con sus escopetas.
Los tres cazadores eran más sociables y expansivos, y por las tardes iban al bar a tomar unas copas. Dickson Maxwell charlaba con ellos, y finalmente, le invitaron a jugar unas partidas de póquer nocturnas que complacieron al escritor.
La gente del pueblo era más bien simpática. El doctor Sheppard era un tipo gordinflón y amable, que al parecer tenía tiempo más que sobrado para enterarse de todo lo que sucedía en el mundo, y las noticias internacionales eran su pasión, tema que aburría no poco a Dickson Maxwell, pues por su propia cuenta ya sabía analizar los acontecimientos del mundo, y no precisaba de nadie para que volviera sobre el asunto.
Estaba también el alguacil, Fenwick, un tipo alto y robusto, que siempre andaba por ahí con su revólver de reglamento a la cintura, como en los viejos tiempos del Far West. Por supuesto, salvo algún que otro estúpido altercado de tipo racial, Fenwick tenía muy pocas cosas que atender. Se daba la gran vida.
Bueno, había gente de todas clases en Oakley Farms, y se podía charlar con todos y cada uno un minuto o cinco, según su mentalidad.
Pero con quien más se relacionaba Dickson Maxwell era con la señorita Rosie Glendon, la maestra de la escuela de Oakley Farms.
No por su físico, sino por su cerebro. O, cuando menos, por su cultura, considerablemente más amplia que la de sus vecinos. Se podía hablar de todo un poco con ella, que era lo que le gustaba a Dickson Maxwell, y no esas charlas monótonas sobre un mismo tema.
Por eso, y no por otra cosa, Dickson solía visitar por las tardes a la señorita Glendon, siempre un poco antes de la cena.
—Ah, señor Maxwell, es usted —decía ella tras abrir la puerta—. Pase, pase.
—Es usted muy amable, señorita Glendon. ¿No molesto?
—Claro que no —reía ella—. ¡Le aseguro que no tengo escondido ningún amante en el armario!
—Si tal hiciera —sonreía Dickson— todo el pueblo lo sabría inmediatamente. No creo que se pueda hacer nada aquí que no se sepa a los pocos segundos.
—Es verdad —suspiraba ella—. ¿Le apetece una cerveza?
—Desde luego.
Era fácil intimar con la señorita Glendon, porque era una mujer abierta y cordial. Muy diferente de la señorita Masterson, a la que Dickson había encontrado una vez al salir de la casa de Rosie, ya casi de noche. Se habían quedado mirándose, hasta que Dickson saludó, sonriente:
—Buenas tardes, señorita Masterson. ¿De paseo?
—No.

—Ah. Sí, ya me extrañaba. Usted siempre sale a pasear al mediodía. Y me parece bien.
—No veo que deba parecerle a usted nada, señor Maxwell.
—Bueno, he querido decir que me parece más apropiado salir de paseo cuando luce el sol.
—Es una opinión muy suya.
—Sí... Claro. Bien, si va usted hacia la casa de los...
—No.
—No... ¿qué?
—Que no sigo el mismo camino que usted.
—Vaya —sonrió Dickson—, no comprendo cómo puede saber eso, señorita Masterson. Mire, sólo estoy tratando de ser amable, pero si le parece mal no insistiré. ¿La acompaño?
—No, gracias.
Y la señorita Masterson se había alejado, despacio, como olvidando completamente a Dickson Maxwell, que acabó por mover la cabeza y se fue hacia el bar. Extraña muchacha la señorita Masterson. Y ni siquiera era guapa.
Tampoco Rose Glendon era guapa, pero al menos con ella se pasaba estupendamente. Contaba divertidísimas anécdotas de la escuela, recordaba cosas de su infancia, entraba en detalles sobre temas interesantes. Era culta de verdad. Lo de «señorita» y «señor» quedó pronto olvidado entre la maestra y el escritor. Simplemente, eran Dickson y Rosie. Buenos amigos, y nada más, aunque quizá la señorita Masterson estaba obteniendo conclusiones muy diferentes.
La señorita Glendon tenía un perro negro, que según dijo Dickson, haciendo reír a Rosie, era casi tan inteligente como el promedio de los humanos. Y de ahí surgió otra charla: que si los animales tienen inteligencia concreta y no abstracta, que si saben más cosas de la vida que los seres humanos...
Era fantástico conversar con la señorita Glendon.
—¿Sabe? —dijo aquella noche la maestra—; ¡yo también tengo intención de escribir un libro!
Sentado en un sillón, con la lata de cerveza en una mano y el cigarrillo en la otra, Dickson Maxwell se quedó mirándola expresando una amable y cortés sorpresa.
—¿De veras? ¡me parece magnífico!
—Se está burlando de mí, Dickson.
—Claro que no. Escribir un libro está al alcance de cualquiera, se lo aseguro.
—¿De veras lo cree así?
—Estoy firmemente convencido. Pero fíjese bien que he dicho un libro.
—¿Y qué significa esa puntualización?

—Que una cosa es escribir un libro y otra cosa es dedicarse a escribir libros.
—Ah, ya entiendo. La profesionalidad, ¿eh?
—Claro. Por otra parte, muchas personas tienen algo que decir, lo dicen en un libro, y luego se les termina el filón, ya no saben qué más escribir. Es lo que diferencia al profesional de los demás, querida.
—Supongo que tiene razón.
—No le quepa duda. Nosotros...
Dickson Maxwell no dijo nada más. Miró vivamente al perro de Rose Glendon, que, hasta entonces echado junto a los pies de ésta, se había puesto en pie de un salto, y miraba hacia la puerta de la salita. Tenía las orejas tiesas, y el lomo erizado. Un lento gruñido parecía brotar directamente de su estómago.
—¿Qué pasa, «Canidus»? —se sorprendió Rosie.
El animal volvió a gruñir, y se dirigió hacia la puerta, por la que desapareció rápidamente.
—Será mejor que vaya a ver qué ocurre —dijo Maxwell, poniéndose en pie—. Espere aquí, Rosie.
Salió en pos del perro, al que todavía pudo ver entrando en la cocina. Entró tras él, encendiendo la luz. Lo vio ante los fregaderos, alzado de patas, que apoyaba en aquéllos. Maxwell alzó la mirada. Ante los fregaderos había una ventana, adornada con bonitas cortinas. Arriba, en el soporte de las cortinas, había un pájaro, inmóvil.
Dickson Maxwell se sorprendió. Luego, miró al perro, cuyo pelaje estaba todavía erizado, y amonestó:
—Debería darte vergüenza, «Canidus». ¡Es un indefenso pajarillo!
El perro volvió a gruñir, mostrando los colmillos. Parecía al ataque. Dickson Maxwell volvió a amonestarle, abrió la ventana, y el pajarillo se apresura a escapar. Dickson cerró la ventana, y regresó a la salita.
—¿Qué ocurre? —preguntó Dickson.
—¿Un pájaro? ¿Qué clase de pájaro?
—Pues no lo sé —parpadeó el escritor—. No me he fijado bien en él. Lo he dejado marchar, claro.
—Es extraño... ¿Por dónde habrá entrado?
—Bueno, esos animalitos tan pequeños pueden entrar por cualquier sitio.
—Pero es casi de noche. Y los pájaros no suelen volar a estas horas. Salvo los murciélagos —rió—. ¿No seria un murciélago?
—Claro que no. Ni un vampiro.
Se echaron a reír los dos. En el centro de la salita, «Canidus» permanecía en pie, todavía erizado el lomo, gruñendo por lo bajo, como disconforme con la solución dada por Maxwell al trivial asunto.
Minutos más tarde, tras una breve disertación de Dickson sobre los escritores profesionales, se despidieron. Dickson Maxwell salió de la

casa, cerró la puerta, y oyó entonces un ruido a su derecha. Por un momento pensó que la señorita Masterson estaba por allí, espiándolo, pues ésa y no otra era la impresión que tenía sobre la muchacha: que le espiaba.

Intrigado, Dickson bajó del porche, pasó a la esquina de la casa, y frunció el ceño. Ciertamente, la señorita Masterson no estaba por allí.

Pero si había algo, en el suelo. Algo que se movió un poco.

Dickson captó el movimiento, bajó la mirada, y sonrió. El gatito, escogido, le miraba con los ojos fijos, inmóviles.

—Vaya, hombre —dijo el escritor—, no eres precisamente lo que yo esperaba, ¿sabes? Vamos a ver: ¿qué hace un muchacho como tú en un sitio como éste?

Se acuclilló frente al gatito, sonriendo, y tendiendo la mano para rascarle la cabeza. El animalito soltó un bufido, se escabulló bajo la mano de Dickson, y salió disparado hacia la parte de atrás de la casa.

—¿Sabes? —frunció el ceño Dickson—; ¡eres tan poco sociable como la señorita Masterson!

Se irguió, encogió los hombros, y se alejó de la casa.

Dentro de ésta, en la cocina, Rose Glendon se disponía a prepararse la cena, mientras pensaba que no tardando mucho se atrevería a invitar a Dickson a cenar. Era un hombre muy agradable. Guapo sin exageración, alto, fuerte. Y muy educado e inteligente, por supuesto.

«Lástima que soy mayor que él. —reflexionó Rosie—, porque de otro modo... Claro que hay muchas parejas en las que la mujer es mayor que el hombre, así que... ¡Oh, por Dios, qué tonterías estoy pensando! Estoy segura de que si me insinuase a Dickson no le vería más por aquí. Me considera una simpática amiga, como un... extraordinario hallazgo en este pueblo, pero nada más. Debe tener las chicas a montones. ¡Es tan interesante...!

«Canidus» entró en la cocina, y comenzó a gruñir. Rosie le miró un poco irritada.

—¿Se puede saber qué te pasa esta noche, «Canidus»?

El animal volvió a gruñir. Movía la cabeza de un lado a otro, relucientes los ojos.

Rosie tardó todavía algunos segundos en ver lo que hacía rato había visto su perro: la preciosa mariposa que revoloteaba cerca del techo. Se quedó atónita.

Era una mariposa bellísima. Y por supuesto, inofensiva. ¡Cielos, aquel tonto de «Canidus» estaba preocupado y hasta enfadado por una mariposa! Tan enfadado que se puso sobre las patas traseras y comenzó a arañar la pared, como si quisiera escalarla.

—¡Ya está bien, «Canidus»! ¡No seas malvado! ¡Y haz el favor de apartarte de ahí!

Rosie empujó al perro, fue hacia la puerta de la cocina que daba el

diminuto jardín de atrás, y la abrió. La mariposa no se movía. A decir verdad, Rosie no recordaba haber visto aquella clase de mariposa por allí, y menos, de noche. Se quedó perpleja: ¿volaban de noche las mariposas? No las polillas, ni cosas así, sino las mariposas.

Porque aquello era una mariposa, sin duda.

—Vamos, sal de aquí —la instó—, ¡no voy a tenerte abierta la puerta toda la noche!

La mariposa se desprendió del techo, y salió a la oscuridad de la noche... Y tras ella, como disparado, gruñendo furiosamente, lo hizo «Canidus».

—¡«Canidus», ven aquí! ¡Ven aquí inmediatamente! ¡Oh, está bien, luego entrarás cuando yo quiera!

La señorita Glendon cerró la puerta, terminó de prepararse la cena, y la colocó en la mesa de la cocina. No valía la pena poner la mesa en la salita, ni el mantel, ni nada de nada... Para ella sola no había necesidad de complicarse la vida. Se imaginó la mesa de la sala preparada para una cena para dos, por supuesto Dickson y ella. En la mesa habría un par de velitas encarnadas, una botella de champán, una cena deliciosa. Dickson Maxwell llevaría un esmoquin blanco, y ella un traje de noche largo, de color negro, precioso. Tal vez tomarían antes un martini, y bailarían...

Al otro lado de la puerta de atrás sonaron los arañazos en la madera, y Rosie miró irritada.

—No debería dejarte entrar hasta mucho más tarde —dijo en voz alta —. ¡Has sido muy tonto, «Canidus»! Pero se acercó a la puerta y la abrió. «Canidus» entró inmediatamente. Rosie cerró la puerta, y se volvió hacia el perro, con fingida expresión de gran enfado.

—Si vuelves a hacer una cosa semejante te dejaré fuera toda la noche. ¿Me has entendido?

«Canidus» la estaba mirando.

Fijamente. Con una fijeza insólita, mientras movía el rabo alegremente. Rose Glendon estaba desconcertada.

Y fue justo entonces; de pronto, cuando decidió que al día siguiente se iría de Oakley Farms.

CAPÍTULO II

—Pero bueno, señorita Glendon, ¿qué es lo que ha sucedido? —exclamó el señor Merton, alcalde de Oakley Farms—. ¿Alguien la ha molestado? ¿Algún negro, quizá?

Rosie Glendon movió negativamente la cabeza mientras colocaba su reducido equipaje cerca de la puerta de la encantadora casita que durante más de dos años estaba ocupando, facilitada por el

Ayuntamiento de la pequeña localidad.
—Claro que no —rechazó—. Es simplemente que tengo que marcharme, señor Merton.
—Pero ¿por qué?
—Es un asunto estrictamente personal qué no estoy dispuesta a discutir con nadie, lo siento. Ya sé que tengo firmado un contrato para atender la escuela de Oakley Farms durante todo el curso escolar, pero simplemente tengo que marcharme. De todos modos, si usted quiere denunciarme está en su derecho.
—Vamos, vamos —intervino Dickson Maxwell, el escritor—. No hay que llevar las cosas tan lejos, Rosie. Además, usted ha asegurado que regresará dentro de un par de semanas como máximo, ¿no es así?
—Esas son mis intenciones, en efecto.
—¡No podemos estar dos semanas sin maestra de escuela! —se lamentó Steve Merton.
—En lo que a mí se refiere —dijo Maxwell— voy a echar de menos a Rosie, porque es prácticamente la única persona de este lugar con la que se puede conversar de modo razonable. Pero si usted quiere, señor Merton, puedo encargarme de la escuela mientras Rosie esté ausente.
—¿Qué? —se pasmó Merton.
—¡Oh, es una magnífica solución! —exclamó Rosie Glendon—. ¡Esto podría arreglarlo todo, Dickson! ¿De veras lo haría?
—Naturalmente —sonrió Dickson Maxwell—. Siempre y cuando se me acepte. ¿Qué dice usted, señor Merton?
—Bueno... No sé...
—¡Cómo que no sabe! —protestó Rosie—. ¡Señor Merton, Dickson es escritor, es una persona cultivada, de gran cultura, y lo sé muy bien, pues he conversado mucho con él desde que llegó hace unos días! Cielos, está perfectamente capacitado para atender a esos niños durante un par de semanas.
—Culturalmente no digo que no —frunció el ceño Merton—, pero soportar a esos niños requiere no sólo cultura, sino unas grandes dosis de paciencia.
—La verdad es que soy un poco colérico —rió el escritor—, pero espero poder controlarme. Mire, señor Merton, llevo aquí apenas una semana, pero me gusta el lugar y sus gentes. Me agradará poder prestarles un servicio.
—¡Todo arreglado! —exclamó Rosie Glendon—. ¡«Canidus», vámonos! ¿Dónde estás? ¡«Canidus»!
Un precioso perro negro, alto, poderoso, apareció procedente de la cocina, agitando el rabo con gran movimiento de los cuartos traseros, se plantó delante de su ama y ladró alegremente... En aquel mismo instante llamaron a la puerta de la casa, y Merton se dirigió a abrir, mascullando:

—Seguro que es alguien que viene a pedirle que se quede, señorita Glendon.
Abrió la puerta, todavía frunció el ceño. Acto seguido, el pobre señor Merton estuvo a punto de sufrir un colapso cardíaco por emoción ante una indigestión de belleza. En el vestidor, apenas a tres metros de la puerta, el escritor Dickson Maxwell quedó estupefacto. Rosie Glendon, una cuarentona con gafas y formas ajamonadas, no pudo evitar sentir aquel tremendo pinchazo de envidia en el estómago.
—¿La señorita Rose Glendon vive aquí? —preguntó la rubia desconocida.
Una rubia bellísima, alta, de ojos verdes. Su cuerpo era escultural, su sonrisa sencillamente encantadora. Además, vestía muy bien, con natural elegancia y discreción. Era irreal allí, en el pequeño pueblecito de Oakley Farms, con un centro exacto de trescientos sesenta y cuatro residentes.
—Sí —pudo murmurar por fin Merton—. Sí, vive aquí.
—Soy yo —se adelantó Rosie—. ¿Qué desea?
La rubia entró, vio el equipaje cerca de la puerta, y en su mirada apareció la consternación. Pero enseguida volvió a sonreír, y tendió la mano a la maestra.
—Soy Minerva Smith, señorita Glendon —se presentó—. He preguntado ahí fuera por la maestra del pueblo, y me han enviado aquí... Pero me parece que llego en un mal momento. ¿Se marcha usted?
—Sí... Sí, sí. Tengo que hacer un viaje. Pero si me dice en qué puedo servirla...
—Me temo que no podrá hacer nada por ayudarme. Yo también soy maestra, y estoy viajando por todo el estado haciendo una encuesta especial para el señor gobernador respecto al estado y funcionamiento de las escuelas. Bueno, no es cosa de unos minutos, francamente. ¿Estará fuera mucho tiempo?
—Una semana o dos.
—Ah. Bueno, tal vez podría esperarla. Llevo ya varias semanas en esto, y he trabajado tanto y tan deprisa que todavía no he pasado en limpio mis notas, Y estoy cansada... Este parece un pueblo muy agradable y tranquilo, así que tal vez sería buena idea quedarme a esperarla, pasar mis notas en limpio, y descansar unos días... ¿Dónde hay un hotel?
Dickson Maxwell fue el primero en salir de su pasmo, y dijo, riendo:
—¡No hay hotel en Oakley Farms, señorita Smith!
—¡Oh! ¡Vaya una contrariedad!
El escritor se adelantó, tendiendo la mano.
—Soy Dickson Maxwell, escritor. Estoy viviendo en la casa de una simpática familia del pueblo, y se me ocurre que tal vez tendrían otra

habitación para usted. Si quiere quedarse tendrá que aceptar eso: es lo que hacen todos los forasteros.
—¿De veras? Pues éste no parece un pueblo muy adecuado para que venga gente de fuera.
—Es cierto —admitió Dickson—, pero siempre hay gente para todo en el mundo. No crea que soy el único forastero. Hay algunos cazadores de patos, un joven matrimonio en luna de miel, una... enigmática joven que no tiene muy buen aspecto... Bueno, hay varias personas. Y todas ellas viviendo a pensión. Como en familia —rió de nuevo.
—¿Y por qué no se queda aquí? —propuso Rosie de pronto.
Los tres la miraron. Steve Merton lanzó una exclamación.
—¡Claro! ¿Por qué no? Esta casa es del Ayuntamiento, y si la señorita Glendon no tiene inconveniente puede usted quedarse. ¡No hay objeción alguna por nuestra parte!
—Me parece —rió Rosie— que le están tendiendo una trampa, señorita Smith.
—¿Una trampa?
—La situación es muy simple —dijo Dickson Maxwell—; la señorita Glendon tiene que ausentarse una semana o dos, y el pueblo se queda sin maestra. ¿Comprende usted?
—¡Me encanta la idea! —exclamó Minerva Smith—. Hace tiempo que no doy clases a los niños, pero espero estar a la altura de las circunstancias. Además, es una solución razonable y conveniente para ambas partes: yo ocupo el puesto de la señorita Glendon durante una semana y a cambio de mis servicios se me permite alojarme en esta preciosa casa. ¡Trato hecho!
Dickson Maxwell se echó a reír. El alcalde señor Merton no conseguía reaccionar. De pronto, se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho, y exclamó:
—¡Demonios, esto es tener suerte! Gracias, señorita Smith. ¡Ha captado usted muy rápida la idea!
—Era muy fácil. Bien, tengo mis cosas en el coche. Iré a buscarlas...
—La ayudaré, si me lo permite —dijo Dickson.
—Claro que se lo permito —rió Minerva—. Aunque no va a cansarse demasiado, señor Maxwell: viajo con poco equipaje... ¡Qué perro tan hermoso!
Adelantó una mano hacia la negra cabeza de «Canidus», pero Dickson se la agarró inmediatamente, apartándola, sobresaltado.
—Será mejor que no lo haga —aconsejó—. Es un animal muy dócil..., mientras nadie le toca a él o a la señorita Glendon. Lo sé por experiencia.
—¿Qué clase de experiencia?
—Quise hacer lo mismo que usted, y si me descuido me quedo sin mano.

—Vamos, señor Maxwell, no sea exagerado —rió Minerva—. ¡Si tiene una expresión de buen muchacho que no puede con ella! ¿Cómo se llama?
—«Canidus» —dijo Rosie.
—Adecuado nombre. Ven, «Canidus», ven… Ven, precioso.
La mano de la señorita Smith se acercó de nuevo a la cabeza del perro, que no se movió. Sus ojos estaban fijos en la visitante desconocida. De pronto, se acercó a ella, y comenzó a mover el rabo mientras la mano de la señorita Smith le acariciaba la cabeza. Rosie, Merton y Maxwell estaban atónitos.
—Caramba —dijo el alcalde—. ¡Eso no lo he conseguido yo en casi dos años, señorita Smith!
—A los animales hay que saber tratarlos —dijo Minerva—. Bueno, y a las personas también, claro. La diferencia entre los animales y las personas está en que los animales saben cuándo un efecto o una caricia son sinceros, y los humanos podemos engañarnos unos a otros.
—Magnífica filosofía —rió Maxwell—. Bien, vamos a por ese equipaje. Y creo que puedo aprovechar el viaje sacando el de usted, Rosie.
—Muchas gracias —Rosie miró su reloj de pulsera—. Oh, tengo que marcharme ya. Encantada de conocerla, señorita Smith. ¡Espero encontrarla sana y salva a mi regreso! ¡Esos niños son terribles!
Se estrecharon la mano, y Rosie salió de la casa, seguida del escritor, cargado con su equipaje, y de «Canidus», que se metió en la parte de atrás del coche de la maestra, mientras Dickson colocaba el equipaje en el maletero. Luego, el escritor tendió la mano a Rosie.
—Feliz viaje, Rosie. Y feliz y pronto regreso.
—Gracias. ¿Estará usted aquí cuando vuelva?
—Seguramente. No creo poder terminar mi libro antes de tres semanas.
—Entonces, hasta pronto.
—Así lo espero.
Rosie Glendon se puso al volante de su coche, y partió. Si dijera la verdad de por qué se marchaba, nadie la creería: simplemente, algo desconocido la impulsaba a hacerlo…
Dickson Maxwell vio el coche que supuso, con acierto, era el de Minerva Smith. Retiró la llave del contacto, abrió el maletero, y vio la única maleta. No había nada más. Así que era cierto: la señorita Smith viajaba con poco equipaje, una maleta y el maletín de viaje que portaba ella misma. El escritor cargó con la maleta, y entró en la casa.
Oyó las voces de Merton y la señorita Smith hacia la cocina, y antes de reunirse con ellos allí fue a dejar la maleta en uno de los dormitorios.
En la cocina, Minerva Smith estaba diciendo:
—Me las arreglaré, señor Merton, no se preocupe. Además, sólo serán unos días. Es posible que ni siquiera cocine. Estoy acostumbrada a

salir del paso con unos bocadillos. Ah, señor Maxwell, muchas gracias. No sé si puedo ofrecerles algo a ambos... ¿Hay algo que les guste en la casa?
—Creo que Rosie suele tener cerveza en el frigorífico —rió Dickson—, pero no es el momento adecuado. La dejaremos que se instale tranquilamente.
—Si necesita algo más —dijo Merton— sólo tiene que pedírmelo. Todos saben en el pueblo dónde estoy en cualquier momento.
—Lo mismo digo —deslizó Maxwell—. Aquí se sabe todo de todos. Haga lo que haga usted, el pueblo lo sabrá.
—¿Incluso si me depilo las axilas? —abrió muchos los ojos Minerva Smith.
Los dos hombres soltaron una carcajada. Segundos después salían de la casa, cuya puerta cerró Minerva tras ellos.
—Simpática muchacha —comentó Merton—. ¿No está usted de acuerdo, señor Maxwell?
—Sí... Sí, por supuesto.
Merton le miró sorprendido.
—No me parece muy convencido.
—Claro que sí. ¿Le apetece tomar un trago?
—No, gracias. Ya nos veremos.
—Seguro.
Se separaron, Merton fue hacia su casa, satisfecho de haber, podido resolver el problema: no se interrumpirían las clases al día siguiente. Por su parte, Dickson Maxwell se dirigió hacia el bar, que estaba en la pequeña plaza soleada. Un grupito de jóvenes negros pasó riendo, observados por un grupito de muchachos blancos desde la puerta del salón de juegos electrónicos.
Entró en el bar, directo hacia el mostrador, pero desvió la marcha en seguida hacia una mesa ocupada por tres hombres vestidos con ropas sólidas: pantalones gruesos, camisas a cuadros, botas... Se detuvo ante la mesa sonriente.
—¿Qué tal? —se interesó—. ¿Cómo fue hoy la cacería de patos en los Okefenokee Swamps?
—Ni uno —se quejó uno de los cazadores—. Me parece que nos tomaron el pelo cuando nos dijeron que aquí había caza en abundancia.
—Tal vez los patos hayan emigrado.
—No en esta época. En todo caso, vendrían del Norte, no se irían. Me parece que usted no entiende mucho de esto, Maxwell.
—La verdad es que no.
—¿Quiere tomar una copa? —ofreció otro de los cazadores.
—A eso he venido. Muchas gracias —Dickson acercó una silla y se sentó—. ¿Tal vez les gustaría hacer una partidita de póquer después

de cenar?
—¡Esperábamos que nos lo propusiera! —rió el tercer cazador—. ¡Si no fuese por usted, que hace el cuarto jugador, nos moriríamos de asco en este lugar!
—No es tan malo. ¿Han visto a la nueva maestra?
—¿Nueva? ¿Qué ha pasado?
—La titular ha tenido que salir de viaje. Y justo cuando se disponía a marcharse ha llegado una hermosa muchacha que también es maestra, y la sustituirá durante una semana o dos.
—Caramba, qué coincidencia.
—Sí... ¡Qué coincidencia! La nueva maestra es fuera de serie. Una rubia como jamás he visto en este mundo...
—Quizá sea de otro mundo-rió el cazador.
Dickson se quedó mirándolo fijamente, pero sólo un instante. Desvió la mirada hacia sus manos, colocadas con los dedos entrelazados sobre la mesa. Eran unas manos grandes y fuertes, cuidadas... Las manos de Minerva Smith eran preciosas, de apariencia delicada, pero era una apariencia engañosa. Eran unas manos fortísimas, lo había percibido al estrechar su diestra.
¿Y los ojos de Minerva Smith? Eran grandes, y resplandecían con una inteligencia fuera de lo común. Incluso un observador menos atento y perspicaz que él se tenía que dar cuenta de que Minerva Smith no era en absoluto una mujer corriente...
—Ahí está la solitaria —dijo uno de los cazadores—. ¿Qué tal si la invitamos a una copa de algo?
—Ella sólo bebe zumos de fruta —dijo otro—. Lo he observado.
—Perdonen un momento —murmuró Dickson—. Vuelvo en seguida.
Se dirigió hacia el mostrador, donde la señorita Myrna Masterson acababa de ocupar un taburete y pedir un zumo de tomate.
—Buenas tardes, señorita Masterson —saludó Dickson—. No la he visto esta mañana dando su paseo.
—Ah, hola, señor Maxwell —lo miró apaciblemente ella—. No salí. Estaba un poco cansada.
Dickson asintió. Realmente, el aspecto de la señorita Masterson no era muy bueno. Oakley Farms, estado de Georgia, tenía un clima cálido, el sol era muy agradable; pero la señorita Masterson, que había llegado sola hacía una semana, no parecía muy adicta al sol. Salía de la casa de los Barnes a dar un paseo al mediodía, pero muy corto. Tal vez el sol no le sentaba bien, en definitiva. Tampoco era una mujer precisamente agraciada: de cara larga, ojos oscuros y pequeños, boca grande y pálida, cuerpo delgado y de senos diminutos... Dickson Maxwell pensó que era el polo opuesto de Minerva Smith.
—Espero que no esté usted enferma —deseó el escritor.
—No... No, no. Es usted muy amable, señor Maxwell. ¿Cómo va su

libro?
—Oh, muy bien. Espero que mi editor piense lo mismo —rió—. No es que espere que me diga que soy genial, pero sí que se entusiasme.
—Lo deseo sinceramente. Me gustaría mucho leerlo cuando se publique.
—A mí me gustaría obsequiarle un ejemplar. Pero —volvió a sonreír el escritor— me temo que no sabré adonde enviárselo.
—No se preocupe: ya lo compraré.
—Pues eso significa que ganaré unos cuantos centavos más. De veras, me gustaría regalarle un ejemplar dedicado, señorita Masterson.
—¿Por qué?
—¿Por qué? —se desconcertó Dickson—. No lo sé. Me gustaría, simplemente.
—Se lo agradezco, pero no quiero causarle molestias.
—No sería molestia.
—Lo compraré, señor Maxwell.
—De acuerdo. Bien... Perdone, estaba con unos amigos...
—Sí, ya lo he visto. Está usted disculpado.
—Quizá nos veamos mañana al mediodía, dando un paseo.
—Si, quizá.
Dickson murmuró una despedida, y regresó a la mesa de los cazadores, que le observaban un tanto irónicamente. Sus nombres eran John Maurer, James Brooks y Wendell Ambler. Los tres debían tener poco menos de cuarenta años, eran fuertes, sólidos. Parecían como hechos por el mismo troquel. El más fuerte era Brooks, que rió amablemente y dijo:
—No ha habido suerte, ¿eh?
—¿A qué se refiere? —le miró Dickson.
—La chica no está mal, pero es toda una solitaria.
—Es una escoba —gruñó Maurer.
—Que no, hombre —contradijo el otro—, que James tiene razón. Lo que le pasa a esa chica es que está muy delgada. Si engordase unos cuantos kilos en las caderas y el pecho estaría como un tren.
—Tiene los ojos pequeños —insistió Maurer.
—Tiene los ojos tristes —corrigió Ambler—, que, no es lo mismo. Parecen pequeños. Pero dale una alegría a esa muchacha y verás cómo se le abren, más los ojos y parece más bonita.
—Pues a mí sólo se me ocurre una manera de alegrarla —rió Maurer —. Aunque no soy el único en tener esas buenas ideas. Y es que en este pueblo hay pocas cosas para divertirse, ¿verdad, señor Maxwell?
Dickson miró con cierta hostilidad a John Maurer, pero acabó por encoger los hombros. ¿De qué demonios podía esperar que hablasen tres hombres como aquéllos? La única persona con la que se podía hablar con cierta profundidad era Rosie Glendon; pero Rosie Glendon

se había marchado.
Claro que... tenía una preciosa sustituía.
Dickson Maxwell se preguntó, absorto, si la belleza mental de la señorita Minerva Smith se correspondería con su belleza física. Porque si era así, realmente, aquella muchacha era absolutamente fuera de serie.

CAPÍTULO III

Después de cenar, y antes de dirigirse a jugar la partida con los tres cazadores, Dickson Maxwell decidió hacerle una visita a Minerva Smith. Y estaba ya muy cerca de la casa de ésta cuando vio aparecer el pequeño automóvil que identificó en seguida: era de la joven pareja de enamorados, Robert y Helene Howells, al parecer recién casados.
Unos recién casados que habían decidido pasar la luna de miel en un lugar como Oakley Farms. Increíble. O cuando menos, absolutamente asombroso. Los dos eran rubios, alegres, muy sociables. El joven Bob era todo un atleta, y su joven esposa era una preciosidad. Siempre reía. Bueno, es estimulante convivir con personas felices, naturalmente.
Las luces del coche dieron de lleno a Dickson cuando cruzaba la plaza, y el escritor decidió detenerse. Alzó un brazo en amistoso saludo, y segundos más tarde el coche se detenía junto a él. La rubia cabeza de Robert Howells apareció en la ventanilla.
—¡Eh, señor Maxwell! ¿Va usted al casino?
Dickson se acercó, sonriente, y miró a la muchacha que, sentada junto al joven, reía la broma de éste.
—Pues no estaría mal un casino en este pueblo, amiguito —dijo festivamente Dickson—. Aunque no sé, si hubiera un casino yo no estaría aquí. He venido a trabajar, no a perder mi dinero.
—No creo que tenga usted problemas con eso —rió el joven—. ¡Todos los escritores son millonarios!
—Ya, ya. Sí, claro. ¿Qué les ha ocurrido? ¿Se han perdido por los pantanos?
—¿Perdernos? ¡Claro que no! Simplemente, hemos estado paseando a la luz de la luna. Es algo que no se puede hacer en la ciudad, se lo aseguro.
—Pues tengo entendido que también en las ciudades hay luz de luna —sonrió Dickson.
—¡Pruebe a buscarla! —rió Helen.
—Creo que tienen razón. Bueno, celebro que no les haya ocurrido nada malo.
—¿Qué podía ocurrirnos? —se pasmó Robert Howells—. ¡En un

pueblo como éste nunca pasa nada! Ni malo, ni bueno.
—Si no pasa nada, es que todo es bueno —decidió Dickson—. No quiero entretenerlos más. Seguramente están preocupados por ustedes. Hasta mañana.
—Adiós, señor Maxwell.
Este se apartó del coche, que continuó su camino hacia el extremo sur del pueblo, cruzando la plaza. El escritor estuvo inmóvil unos segundos. Luego, reanudó su camino hacia la casa de la maestra de Oakley Farms.
Minerva Smith le abrió cuando se disponía a marcharse en vista del silencio prolongado tras su primera llamada. Llevaba pantalones blancos y un jersey azul, escotado y sin mangas, muy primaveral, y que por supuesto le sentaba magníficamente.
—Ah, señor Maxwell...
—Me temo que la he interrumpido en algo, señorita Smith.
—No —rió ella—. Es que estaba en bata, y como no he querido abrir de esa guisa he tenido que ponerme estas cosas. ¿Ocurre algo?
—Solamente quería saludarla y saber si está usted bien. Y todo lo que he conseguido ha sido importunarla. Lo siento.
—Vamos, no diga tonterías. ¿Sabe? Es cierto que la señorita Glendon tiene cerveza en el frigorífico, ¿Le apetece?
—Si realmente no la molesto, sí, con mucho gusto.
—Estupendo —Dickson entró, y Minerva cerró la puerta—. Le admiro a usted, señor Maxwell. ¡Y a todos los escritores! Estaba pasando mis notas de un modo ordenado, y no es cosa fácil. Quiero decir que una cosa es explicar algo que tenga sentido e interés..., y escribirlo de modo... atractivo. Bueno, he supuesto que usted escribe novelas.
—Así es.
—Admirable. Siéntese, iré a la cocina a por una cerveza —Minerva señalaba un sillón de la salita—. Como si estuviera en su casa.
Minerva dejó solo a Dickson Maxwell, que se apresuró a acercarse a la mesita colocada frente al sofá y en la que había un gran bloc y un montón de cuartillas con anotaciones, así como varios gráficos señalizados con diferentes colores. En cuestión de segundos Dickson se convenció de que los notas versaban sobre cuestiones pedagógicas e instalaciones, así como observaciones sociales...
—Es un trabajo interesante —sonó la voz de Minerva en la puerta, sobresaltándolo visiblemente—: ¿Le he asustado? —rió.
—No, no... Perdone mi curiosidad.
—No son secretos de Estado, se lo aseguro —volvió a reír la hermosísima rubia—. Ha sido usted muy amable al venir.
—Estaré sólo unos minutos —tomó Dickson la lata de cerveza—. Es evidente que está usted muy ocupada.
—Un poco —Minerva se sentó en el centro del sofá, y Dickson lo hizo

en un sillón—. ¿No es sorprendente lo tranquilo y silencioso que es este pueblo? Se diría...
¡Guau, guau!, llegó el par de ladridos hasta la salita.
Minerva alzó las cejas. Dickson, que se disponía a beber tras arrancar la lengüeta de la lata de cerveza, bajó ésta, y miró vivamente hacia la puerta. Luego miró a Minerva, que sonrió divertida.
—Vaya, ha bastado que yo dijera que era un pueblo silencioso para que ladre un perro.
—Creo que ese ladrido es de «Canidus» —murmuró Dickson.
—¿El perro de la señorita Glendon? Claro que no. Debe estar muy lejos de aquí.
¡Guau, guau, guau!, ladró de nuevo el perro.
—Me parece que tiene usted un perro ante la puerta —dijo Dickson.
Minerva volvió a, alzar las cejas. Titubeó, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta de la salida. Dickson Maxwell hizo lo mismo, lata de cerveza en mano. Los dos estaban ante la puerta de la casa cuando Minerva la abrió.
Una forma negra entró, gimiendo alegremente, moviendo los cuartos traseros, agitando su gran cola. El perro se puso en pie, y colocó sus patas delanteras en el pecho de Minerva, que lanzó una exclamación.
—¡Tenía usted razón, señor Maxwell! ¡Es «Canidus»!
Dickson Maxwell, que había retrocedido al ver el gesto del perro, parpadeó al ver cómo la roja lengua del animal daba un lametón a la barbilla de la señorita Smith, que rió y lo apartó.
—¡Vaya, no seas cochino, «Canidus»! —amonestó Minerva—. ¡Y no te tomes tantas confianzas!
¡Guau!, ladró alegremente el perro.
—Si lo que tienes es hambre, ve a la cocina —señaló Minerva—, y buscaremos algo para ti. ¡Ve a la cocina!
El animal lanzó otro alegre ladrido, y desapareció hacia el interior de la casa. Minerva salió al porche, miró a la derecha a izquierda, y se volvió, desconcertada, hacia el escritor.
—No veo a la señorita Glendon... ¡Qué raro!
—Casi se podría decir que el perro ha vuelto por usted —murmuró Dickson.
—¡Claro que no! Si la señorita Glendon no ha regresado no entiendo lo que... Vaya, quizás en algún momento el perro se perdió, y regresó a casa, eso es todo.
—El perro iba dentro del coche. ¿Cómo había de perderse?
—Pues no sé... Pudo salir a hacer sus necesidades, y la señorita Glendon, creyendo que el animal estaba dentro, continuó su camino. Sí; debió pararse en una gasolinera, el animal salió del coche, ¡y el pobrecillo se encontró solo!
—Pues la pobre Rosie se va a llevar un disgusto.

—Sí… Podríamos llamarla.
—No tengo la menor idea de adonde se ha dirigido.
—Vaya por Dios… Bueno, quizás ella llame mañana temprano, o esta misma noche. Supongo que es lo bastante inteligente para adivinar que su perro habrá vuelto a casa. Voy a ver si queda algún bote de comida para ese pobre bicho. ¡Debe estar hambriento!
Fueron a la cocina, donde «Canidus», sentado sobre los cuartos traseros, volvió a ladrar alegremente al ver a Minerva. Esta encontró, en efecto, comida preparada para perros en un armarito, abrió uno de los botes, y lo vació en un plato, que colocó ante el animal. «Canidus» volvió a ladrar alegremente, y eso fue todo, siempre mirando a la señorita Smith.
—De modo que no tienes hambre, amiguito —sonrió Minerva—. De acuerdo, ahí tienes eso para cuando se despierte tu apetito. Espero que no alborotes esta noche.
Salió de la cocina, seguida de Maxwell… y del perro, que se sentó cerca de sus pies en cuanto Minerva hubo ocupado su asiento en el centro del sofá. Dickson Maxwell, de pie, observaba en silencio.
—¿De qué estábamos hablando…? Ah, sí de lo tranquilo que es este pueblo. ¡Pero siéntese, señor Maxwell!
El escritor se sentó. Bebió un trago de cerveza. «Canidus» le miraba ahora con suma atención.
—Espero —dijo de pronto Dickson— que sea todo como usted ha dicho, y que no le haya ocurrido algún accidente a la señorita Glendon.
—Si hubiera ocurrido un accidente el perro estaría con ella. Los animales son muy fieles.
—Este no —señaló Maxwell al negro can—. Debería haber seguido a su dueña.
—Tal vez esto le sugiera a usted algún argumento —rió la bellísima Minerva—. ¿De qué trata la novela que está escribiendo?
—Bueno, de gentes y sus cosas. Una novela social, la llaman.
—Ah, sí. ¡A mí, las que me encantan son las de ciencia ficción! ¿No escribe usted de ésas, señor Maxwell?
—No.
—¿No le gustan?
—Francamente, no.
—Pues a mí me encantan. ¡Todo eso de los platillos volantes y seres… de otros mundos! ¿Qué opina sobre eso? ¿Cree que puede haber seres extraterrestres?
—No, no lo creo.
—¿Por qué no?
—Es una majadería.
—¡Oh! Me parece que el tema no es de su interés. Evidentemente le

gustan mas las personas normales..., quiero decir las terráqueas —se echó a reír—. Con seguridad es usted un gran observador de los seres humanos. ¿Me equivoco?
—Desde luego que no.
—¿Y qué opina de ellos?
—¿De los seres humanos? —frunció el ceño Dickson—. Bueno, no tengo muy buena opinión de ellos, en general. Por eso, cuando puedo me aíslo un poco. En lo posible, claro.
—¿Es por eso que está usted en Oakley Farms?
—En efecto. Son gentes muy sencillas y tranquilas. Y muy hospitalarias, como habrá podido comprobar.
—Sí, es cierto. Se me ocurre que tal vez éste sea un pueblo poco corriente al respecto. Es extraño que no venga mucha gente por aquí.
—Viene gente de cuando en cuando. Ahora mismo, aparte de mí, hay otros forasteros, de los que ya le hablé.
—Sí, lo recuerdo. ¿Y qué hacen aquí?
—Hay tres cazadores que cada día van a Okefenokee Swamp a ver si cae algún pato. Un joven matrimonio en luna de miel, muy simpáticos. Y una chica... extraña.
—¿Extraña? ¿En qué sentido?
—Parece triste.
—Vaya, eso es lamentable. Porque la vida es hermosa, ¿no está usted de acuerdo?
—Sí... Sí, por supuesto.
—¿Y a qué se dedica esa chica triste?
—A nada. Creo que está un poco enferma.
—¡Cuánto lo siento! Y ese joven matrimonio..., ¿cómo se llaman?
—Howells. Robert y Helen Howells. Están en luna de miel, como ya le he dicho.
—Entonces —rió Minerva— ya podemos imaginarnos en qué están ocupados ellos.
—Sí. Además, de pasear, claro está.
—Ah, ¿se dedican a pasear? ¿Y adonde van?
—Por ahí. Tienen un pequeño coche, y siempre van de un lado a otro. Precisamente me he encontrado hace unos minutos con ellos. Venían de contemplar la luna.
—Eso es muy romántico. Los que no me gustan mucho son los cazadores de patos. ¡Ojalá no cacen muchos!
—Hasta el momento —rió Dickson— no han cazado ni uno.
—¿De veras? Pero supongo que tienen escopetas, ¿no?
—Caramba, naturalmente.
—¿Hay más cazadores por aquí? Aunque sean del pueblo... Gente que tenga armas, quiero decir.
—Supongo que sí, pero no conozco a todos los habitantes de Oakley

Farms.
—Pues hábleme de los que sí conozca —sonrió encantadoramente Minerva—. No es que sea una chismosa, créame. ¡Es que tengo curiosidad por saber cómo enjuicia a la gente un escritor! Seguro que sus puntos de vista deben ser un tanto peculiares, señor Maxwell.
Dickson Maxwell salió de la casa de Minerva Smith casi una hora más, tarde, lo que, ciertamente, había constituido un gran placer para él, porque la señorita Smith era una conversadora vivaz e inteligente, y tenía una cualidad que pocas veces había encontrado Dickson en la medida que a él le satisfacía: sabía escuchar. Sabía hablar, pero también sabía escuchar, y muy atentamente.
Sólo cuando, poco después, y tras las protestas de los cazadores por su tardanza, Dickson Maxwell se dispuso a iniciar la partida de póquer, comenzó a pensar que gracias a él la señorita Smith sabía de Oakley Farms tanto como él mismo, pese a que sólo llevaba unas horas en el pueblo. Indudablemente, Minerva Smith sabía conversar.

* * *

El primer indicio de que algo no era normal en Oakley Farms lo tuvo Dickson Maxwell a la mañana siguiente, cuando, un poco tarde, pues había trasnochado considerablemente jugando al póquer, se dispuso a afeitarse en el cuarto de baño de la casa de la familia Jackson.
Su maquinilla de afeitar no funcionaba.
Al respecto, sólo había dos posibilidades. Una, que se hubiera estropeado, lo que era posible, pero poco creíble, pues hacía sólo dos meses que la había comprado. Dos, que no hubiera electricidad en la casa.
Maxwell accionó el interruptor, y soltó un gruñido de disgusto. No había corriente eléctrica. Se resignó, efectuó su aseo a excepción del afeitado, y bajó a la planta. El teléfono estaba en el vestíbulo, en la pared de la derecha del pasillo que llevaba a la cocina. Maxwell descolgó el auricular, dispuesto a llamar a su editor.
El teléfono no funcionaba.
—Pues sí que estamos bien —gruñó el escritor.
Se dirigió a la cocina, donde la señora Jackson, una negra cuarentona y esbelta de grandes ojos, toda una pantera, lo miró sonriente.
—Vaya, señor Maxwell, ¡esta noche ha sido movida! Espero que ganase al póquer.
—Perdí —intentó sonreír Dickson—. El teléfono no funcionaba, señora Jackson. Convendría que avisara.
—Es una avería general —le interrumpió ella—. No funciona ningún teléfono en el pueblo.
—Ah. Supongo que se ha dado cuenta de que tampoco hay corriente

en la casa... ¿O es también una avería general?
—También. Debe haber ocurrido algo muy gordo, porque ni siquiera mi aparato de radio a transistores funciona. ¡Con lo que me gusta a mí escuchar por las mañanas!
—Es un modo agradable de empezar el día —asintió Dickson—. ¿Se sabe qué clase de avería es?
—No. ¡Pero espero que la arreglen pronto! ¡Qué le apetece para desayunar?
—Cualquier cosa, no se complique la vida. Se me ocurre que quizá su aparato a transistores esté estropeado. ¿Quiere que le eche un vistazo?
—¿Entiende usted de eso? ¡Me parece muy bien! Aunque creo que no conseguirá nada. Subí a buscar el de mi hija, y tampoco funciona.
La señora Jackson señaló los dos aparatos de radio, colocados sobre la mesa de la cocina. Dickson encendió los dos, y en el acto comenzó a percibir la señal de una fortísima interferencia. Era imposible escuchar ningún programa, de ambos aparatos sólo brotaban chirridos y crujidos, y de vez en cuando algún silbido.
—Es inútil —dijo la señora Jackson—, las radios de mis vecinas están igual. No hay nada que hacer. Bueno, espero que le gustarán estos huevos revueltos...
Dickson Maxwell salió de la casa veinte minutos más tarde. Su máquina de escribir era eléctrica, de modo que no tenía ninguna posibilidad de trabajar, a menos que lo hiciera a mano, lo qué le pareció desesperante y rudimentario. Daría un paseo,
La plaza de Oakley Farms era muy agradable; amplia y bien cuidada. En el centro había unos diminutos jardines y unos cuantos bancos a la sombra de unas acacias. Allí, en uno de los bancos, Dickson vio a los tres cazadores, conversando y fumando. Sorprendido, se acercó a ellos, que le miraron sonrientes y con cierta ironía.
—Hombre, Maxwell —dijo Ambler—, encantados de verle. ¿Qué le parece si jugamos otra partidita?
Se echaron a reír los tres. Dickson sonrió cortésmente. Era de los que sabían perder.
—¿Qué hacen aquí? —expresó su extrañeza—. ¿Acaso no piensan probar fortuna de nuevo?
—No tenemos gasolina —dijo Brooks—. Casi todos están igual en el pueblo. Y el surtidor está estropeado, de modo que no pueden llenarnos el depósito hasta no sé cuándo. Oiga, este pueblo es de un aburrimiento mortal, ¿no le parece? ¡Hasta ahora no nos habíamos dado cuenta!
Dickson miró alrededor. Desde la escuela le llegaban las voces de los niños cantando una bonita canción. El ambiente no podía ser más bucólico. Un automóvil apareció, por la entrada Norte del pueblo, y se detuvo delante del bar. Dos hombres se apearon, y entraron en el bar,

al parecer muy excitados. Dickson se despidió de los tres cazadores, y se fue al bar, donde pidió café. Podía tomar litros de café sin que su pulso se alterase.
Los dos hombres estaban refunfuñando algo que muy pronto llegó a la comprensión de Dickson Maxwell: la carretera que iba hacia el Norte estaba cortada, había sido colocado un dispositivo de seguridad que impedía el paso.
Dickson tomó su café, dejó una moneda sobre el mostrador, y sin decir palabra salió del bar. Un minuto más tarde se metía en su coche y enfilaba la carretera que iba hacia el Sur. Apenas un kilómetro más allá vio el dispositivo de seguridad, impidiendo el paso. Salió del coche, se acercó al dispositivo, y desde allí estuvo mirando a todas partes. No había ni rastro de un coche patrulla, de cualquier motorista... Nada. Ni siquiera una explicación en el dispositivo de seguridad respecto a los motivos por los que la carretera había sido cerrada al tránsito.
Emprendió el regreso al pueblo con la certeza de que no valía la pena complicarse la vida buscando carreteras expeditas: tenía la seguridad de que, de un modo u otro, los caminos de acceso a Oakley Farras estarían cortados.

CAPÍTULO IV

—Vamos a ver —señaló Minerva a uno de los niños de la escuela—; tú, Joey... Me; has dicho que te llamas Joey, ¿verdad?
—Sí, miss Smith —se puso en pie el niño.
—Muy bien, Joey. Vamos a hablar ahora de una cosa interesante, que no esté en el programa normal de la clase. Por ejemplo... ¡Por ejemplo, vamos a hablar de platillos volantes! ¿Qué piensas tú de los platillos volantes?
Joey, nueve años, quedó un instante desconcertado. Acto seguido rió, y los demás niños le imitaron.
—¡Que no existen, miss Smith!—exclamó.
—¿No? ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso no has oído hablar de ellos muchas veces? ¿Acaso no has oído decir que sí existen los llamados OVNI, es decir, los Objetos Volantes No Identificados?
—Sí, lo he oído decir, pero como nunca he visto ninguno, no creo en ellos.
—Vaya... Dime una cosa: ¿has visto alguna vez la inteligencia?
Nuevo desconcierto del niño, que por fin respondió:
—No... Claro que no.
—Pero... ¿existe o no existe la inteligencia?
—Creo que sí, miss Smith.

—Pues ahí tienes. Y lo mismo podríamos decir del viento, por ejemplo. El viento no se ve, pero existe, ¿verdad? Entonces, vamos a suponer que los platillos volantes existen. ¿Qué harías tú si ahora apareciera un platillo volante en Oakley Farms?
—No lo sé… Creo que me asustaría.
—Mal hecho, Joey. A ver, quiero más respuestas a mi pregunta: ¿qué tendríamos que hacer si apareciera un platillo volante?
Todos los niños comenzaron a hablar a la vez, observados por la risueña y simpática señorita Smith, que sólo en un par de horas se había ganado su confianza. El barullo fue tal que la señorita Smith tuvo que imponerse batiendo palmas. Por fin, ya de nuevo en silencio todos los niños, dijo:
—Vamos a hablar de los platillos volantes de un modo razonable. Si fuese cierto que unos seres de otros planetas o galaxias pudieran venir a la Tierra, ¿acaso no significaría qué eran unos seres inteligentes y muy avanzados técnica y científicamente? Yo creo qué sí. Y entonces, si eran seres inteligentes y evolucionados, ¿por qué habríamos de temerles en ningún sentido? Unos seres capaces de diseñar una nave que pudiera recorrer millones y millones de millas por el espacio, evidentemente dispondrían de un poderosísimo armamento, y de sistemas de destrucción que nosotros no podemos ni imaginar. Por lo tanto, si quisieran hacernos daño les bastaría con utilizar esas armas, y todo el planeta Tierra desaparecería. Ni siquiera tendrían que acercarse a nosotros para hacer eso. Entonces, si se acercaban, si buscaban un trato directo… ¿qué significaría eso? Dímelo tú, Harvey.
Harvey, un muchachito negro de unos diez años, se puso en pie, aturdido todavía por las explicaciones de miss Smith. Por fin, dijo:
—Creo que significaría que no querían hacernos daño…
—¡Exactamente! Muy bien, Harvey, así me gusta. Hay que saber razonar. Entonces, resultaría que esos seres extraterrestres vendrían para dialogar con nosotros, ¿no es cierto? Y en tal caso, ¿íbamos a ser tan tontos de rechazar un diálogo con seres inteligentes, muy evolucionados, que podrían enseñarnos muchas cosas buenas para nuestro provecho personal y de el planeta Tierra?
—No, miss Smith.
—¡Claro que no! Por lo tanto, si alguna vez vierais aparecer un platillo volante, no debéis hacer nada. Simplemente, NADA. Os quedáis quietos, tranquilos, sin temor alguno, mirando el platillo a ver qué aprendéis de nuevo. Y eso es todo. No lo olvidéis. Tranquilos, interesados por el asunto, pero nada más…
La señorita Smith se dirigió hacia la puerta del aula, encristalada, y la abrió. Afuera, en el amplio pasillo, junto a la puerta, estaba Dickson Maxwell, que miró casi sobresaltado a Minerva.
Esta sonrió encantadoramente.

—Bueno, Dickson, si le interesa mi clase estará mejor dentro —ofreció—. Creo que encontrará algún sitio libre.
—¿Cómo ha sabido que yo estaba aquí? —entornó los párpados el escritor.
—¿Ha estado escuchando lo que decía a los niños?
—Algo he oído, sí —admitió Maxwell.
—Confesión por confesión: tengo poderes extraterrestres. ¡Vamos, no ponga esa cara! —se echó a reír—. Le vi hace tres o cuatro minutos por la ventana, y me pareció que entraba en la escuela. Y como no aparecía por aquí se me ocurrió que permanecía en el pasillo..., para no interrumpir la clase.
—Es una deducción bastante lógica —murmuró Maxwell.
—Eso creo. ¿Desea decirme algo?
—Sí. Todas las carreteras están cortadas, el surtidor de gasolina no funciona, no hay electricidad en el pueblo, los teléfonos no funcionan tampoco. Ni siquiera funcionan las radios a pilas, pues hay una interferencia fortísima.
—Vaya, qué desagradable... ¿Qué es lo que ocurre?
—No tengo ni la menor idea.
Minerva frunció simpáticamente el ceño.
—¿Y cree que yo sí tengo idea? ¿Ha venido a decirme eso, Dickson?
Se quedaron mirándose fijamente. Y en el momento en que Dickson Maxwell iba a contestar algo, comenzó a oírse un suave zumbido en el exterior. Casi en seguida, se oyeron gritos de personas. En un instante pareció que todo se desquiciaba. Dickson Maxwell dejó de mirar a Minerva, y echó a correr hacia la puerta de la escuela. Minerva corrió tras él, y los dos lo vieron al mismo tiempo.
—Dios Todopoderoso —jadeó Dickson.
El zumbido se oía ahora un poco más fuerte, pero no llegaba a resultar molesto en absoluto. Provenía de la nave circular que estaba justo encima de la plaza de Oakley Farms, que estaba quedando desierta rápidamente. Algunas personas caían al suelo en su apresuramiento, pero se levantaban velozmente y proseguían su huida. En pocos segundos no quedaba nadie en la plaza.
La nave tenía la forma de dos platos corrientes colocados bordes con bordes. O como una gigantesca lenteja, de color acero. Su diámetro no debía ser inferior a los veinticinco metros, su altura no menor de seis. Simplemente, se posó en un lado de la plaza, y todo quedó en silencio.
Minerva dio media vuelta, y corrió hacia el aula. Cuando entró, algunos niños se apelotonaban en las ventanas, y otros gritaban sin saber qué hacer. Minerva batió palmas, y todas las miradas se clavaron en ella. Todos los ojos estaban desorbitados.
—Jovencitos —sonrió miss Smith—, ha llegado el momento de que me demostréis que sois inteligentes y valientes. Al parecer, salvo que se

trate de alguna broma o de algo relacionado con una película que estén haciendo por estos alrededores, tenemos ahí fuera un platillo volante. ¿Qué debemos hacer en estas circunstancias?
Uno de los niños tragó saliva, y dijo:
—Nada, miss Smith. Mirar y nada más.
—Exacto, Paul. Sin miedo, sólo con curiosidad. Y procurando aprender algo. Ahora, en orden y tranquilamente, vamos a salir de la escuela, y nos dedicaremos a mirar ese artefacto. Tengo intención de convidaros a todos a coca-cola, pasteles y lo que me pidáis si demostráis que sabéis afrontar una situación como ésta. ¿De acuerdo? Pues vamos afuera.
De nuevo estaba Dickson Maxwell en la puerta del aula. Miró sobresaltado a Minerva, pero ésta no le hizo caso. Salió la primera de la escuela, seguida de los niños, entre los cuales iba mezclado el escritor. Sin vacilar, Minerva Smith se acercó unos cuarenta metros en dirección a la inmóvil y silenciosa nave. Se volvió, hizo gestos con un brazo, y los niños, titubeantes, se fueron reuniendo con ella.
—Recordad: es imposible que nos ocurra nada malo —insistió Minerva —. En cambio, quizá aprendamos algo bueno. Ahora, simplemente esperemos.
Cinco minutos más tarde nada había sucedido. Por las esquinas de la plaza comenzaron a aparecer algunos hombres, mirando la nave. Dickson, colocado junto a Minerva, a la que continuamente miraba de reojo, vio aparecer a los tres cazadores, y a Myrna Masterson, que estaba más pálida que nunca. Se fue rápidamente hacia ella, y la tomó de un brazo.
—¿Está usted bien, señorita Masterson?
—Sí, sí... ¡Dios mío, no puede ser cierto que yo esté enferma del corazón! ¡Me habría muerto del susto!
—¿Está usted enferma del corazón? —murmuró Dickson.
—Eso me dijeron, y por eso vine a este lugar, que al parecer es beneficioso para mí. Señor Maxwell, no estamos soñando, ¿verdad?
—Me temo que no —sonrió el escritor.
—Pero esto..., esto es... extraordinario... ¡Jamás lo habría creído si me lo hubieran contado! Esa nave...
Dickson le apretó el brazo, y con la otra mano señaló la nave. Un hueco rectangular se había abierto de pronto en ésta, en completo silencio. Una rampa de acero se proyectó hacia el exterior, descendió un poco, y el extremo se posó en tierra. En la plaza hubo otra desbandada, más gritos, exclamaciones de sobresalto...
Una figura apareció en el hueco de la nave, caminando lenta y pesadamente, bamboleándose. Un murmullo flotó sobre el grupo de niños al ver bien aquel visitante. Era un robot. Su cabeza era esférica, y tenía dos objetivos de cámara de televisión por ojos. Su cuerpo era

también esférico, liso. Sus piernas y brazos eran de tubo articulado, tipo acordeón.
Detrás de este robot aparecieron dos más, que, como el primero, descendieron lentamente por la rampa, hasta llegar a tierra. Todo el mundo retrocedió de nuevo, excepto Minerva Smith y los niños y Dickson Maxwell y la señorita Masterson, que parecían clavados al suelo.
—Buenos días —dijo uno de los robots, con voz metálica, procedente de una ranura apenas visible bajo los ojos.
—Hermosa mañana de primavera —dijo otro, como cantando.
—Estamos encantados de visitarles —dijo el tercero.
—Yo soy Krak —dijo el primero.
—Yo soy Krok —dijo el segundo.
—Yo soy Kruk —dijo el tercero.
—¡Corriendo! —dijo Krak.
—¡Saltando! —dijo Krok.
—¡Bailando! —dijo Kruk.
Y en efecto, Krak comenzó a correr, Krok comenzó a dar saltos, y Kruk comenzó a bailar. Krak corría bamboleándose, agitando los brazos, como si fuese a caer de un momento a otro. Krok daba saltos que no podían ser más cómicos. Kruk bailaba de tal modo que, por fin, tras la estupefacción general, unos de los niños soltó una carcajada, y, en el acto, rieron todos los demás.
—¡Corriendo!
—¡Saltando!
—¡Bailando!
Dickson y Myrna cambiaron una mirada, y, de pronto, la muchacha estalló en carcajadas incontenibles. Dickson Maxwell también se echó a reír. Un instante más tarde, todos lo que se asomaban al espectáculo estaban riendo también. Por las bocacalles se acercaban los más timoratos, extrañados ante la explosión de carcajadas en la plaza.
—¡Corriendo!
—¡Saltando!
—¡Bailando!
Un minuto más tarde, todo Oakley Farms reía. La casi totalidad del censo de la población estaba rodeando la plaza, riendo y riendo. Algunos niños comenzaron a correr y saltar y bailar tratando de imitar los graciosos movimientos de los robots, y gritando:
—¡Corriendo!
—¡Saltando!
—¡Bailando!
Un minuto más tarde, todo Oakley Farms reía. La casi totalidad del censo de la población estaba rodeando la plaza, riendo y riendo. Algunos niños comenzaron a correr y saltar y bailar tratando de imitar

los graciosos movimientos de los robots, y gritando:
—¡Corriendo!
—¡Saltando!
—¡Bailando!
Dickson Maxwell desvió la mirada hacia Minerva Smith, y la vio inmóvil, tranquila y mirando con una extraña sonrisita de complacencia a los robots.
—¡Multiplicando! —avisó uno de los robots—. ¡69887569 por 1 igual a 69887569!
—¡Dividiendo! —avisó otro de los robots—. ¡92005987 dividido entre 29058 igual a 3166,2876…!
—¡Cantando! —advirtió Kruk; y comenzó a cantar—. «¡Muchachos de las montañas, vamos a hacer, una hazaña, muchachos de las montañas, bailemos al son de la gaita…!
—Por el amor de Dios —reía Myrna Masterson—. Esto, ¿qué es?
—Parece una payasada en honor a los niños —murmuró el escritor, mirando de nuevo a Minerva Smith—. Como si alguien hubiera pensado, ante todo, tranquilizar a los niños.
—Pues no sólo ha conseguido eso… ¡Ha conseguido que incluso se diviertan!
—Esperemos que todo siga igual.
Pero Dickson Maxwell tenía razón. La simpática payasada de los robots terminó de pronto, y los tres se colocaron a un lado de la rampa y quedaron inmóviles. Se hizo un silencio.
Entonces, apareció el primer ser superior, en lo alto de la rampa. Los alientos quedaron en suspenso. El ser caminó hasta que el sol le dio de lleno, y se detuvo.
Era un atleta rubio de casi dos metros de estatura, vestido con un traje de corte espacial, ceñido al musculoso cuerpo; talmente parecía que el tejido fuese de acero dúctil, y cubría todo el cuerpo desde la base del cuello hasta los pies, incluidos éstos, que no llevaban calzado alguno. El cuello era musculoso, el rostro hermoso y viril, los rubios y largos cabellos relucían como oro al sol. El impresionante visitante descendió por la rampa, y se detuvo al terminar ésta. Alzó una mano, y sonrió.
—Paz y bondad para todos. Soy Ovon, de Agramaar, director de la nave AG0743 en misión de buena voluntad. Saludamos al planeta Tierra. Bien hallados.
El silencio parecía que pudiera ser cortado por un cuchillo. Y todavía pareció hacerse más denso cuando por el hueco de la nave aparecieron seis hombres más, todos idénticos a Ovon en estatura y belleza, todos rubios, atléticos, fantásticos.
—Suplicamos perdón —habló de nuevo Ovon— por las molestias que hemos ocasionado. Todos los desperfectos sufridos serán reparados, y las carreteras serán abiertas. Solamente pedimos un día de su

compañía, para nuestras verificaciones, y nos iremos y todo volverá a funcionar.
Nadie parecía capaz de reaccionar. Dickson Maxwell titubeó todavía unos segundos antes de decidirse. Se acercó a Ovon, y se detuvo ante él.
—¿Qué es exactamente lo que quieren ustedes? —preguntó, un tanto irritado—. ¿Y qué es todo eso de Agramaar?
—Agramaar es nuestro planeta. Sólo queremos vivir un día con ustedes.
—¿Para qué?
—Señor, no tenemos mala voluntad. Queremos computar sus índices de bondad, eso es todo.
—No entiendo bien lo que quiere decir —gruñó Dickson.
Myrna Masterson se acercó también, y tomó de un brazo al escritor.
—Creo que no debería hacerle enfadar, señor Maxwell...
—Señorita, nosotros no nos enfadamos nunca —la miró muy sonriente Ovon—. No podemos.
—Eso es una tontería —gruñó Dickson.
—Me parece —dijo Minerva, que también se había acercado— que nuestros visitantes sólo están cometiendo una tontería, Dickson: hablarnos como a iguales, ya que, evidentemente, son seres superiores a nosotros.
—Eso está por demostrar —replicó secamente Dickson.
—Pues mucho me temo que se las arreglarán para demostrárnoslo. Mientras tanto, y por lo menos en lo que a mí respecta, prefiero resultarles simpática —tendió la mano a Ovon—. Soy Minerva Smith, y espero que, en efecto, vengan ustedes en son de paz.
Ovon miró la mano de Minerva, sonrió, y la aceptó, sacudiendo el brazo de la hermosa rubia de un modo que hizo reír a los niños.
—Venimos en son de paz —insistió Ovon—. Gracias, señorita Smith. Bien hallada.
—Este caballero de aparente mal genio es Dickson Maxwell, escritor —rió Minerva—, y la señorita es Myrna Masterson. Nosotros tres, y algunos más, somos forasteros en Oakley Farms, y nos alegramos mucho de estar aquí en estos momentos...
—No estoy muy seguro de eso —dijo Dickson—. Francamente, tengo la impresión de que todo es., una fantochada.
—Señor Maxwell, llevamos más de setecientos años viajando por el espacio —dijo sosegadamente Ovon—. Si esto le parece una fanfarronada, lo siento por usted.
—Y además, hablan el inglés mejor que yo. ¿Cómo es posible?
—Podemos hablar cualquier idioma que con anterioridad haya sido computado en nuestro Centro de Memoria y luego introducido en nuestros circuitos cerebrales. Hace tiempo que estamos computando

idiomas de la Tierra, y hemos elegido el inglés porque es el más extendido y uno de los más sencillos.
—Ya —sonrió irónicamente Dickson—. Bueno, me gustaría mucho echar un vistazo a su nave, pero supongo que jamás me lo van a permitir.
—Está usted en un error. Puede entrar en la nave siempre que quiera, señor Maxwell. Pero, por favor, NO TOQUE NADA. Vea todo lo que guste, recórrala de arriba abajo, pero NO TOQUE NADA.
—De acuerdo —aceptó todavía desconfiado Dickson—. Voy a entrar ahora mismo, entonces.
—Como usted guste.
—Yo también quisiera entrar —dijo Minerva Smith.
—La verdad es que... a mí también me gustaría —murmuró la señorita Masterson—. Empiezo a creer que no debemos temer nada de ustedes.
—Se lo agradezco mucho —sonrió Ovon—. Pueden entrar, nada va a ocurrirles.

CAPÍTULO V

Dickson Maxwell fue el primero en subir por la rampa, accediendo al interior de la nave. Allí, en lo que podía denominarse como vestíbulo, había quince o veinte hombres más como Ovon, excepto en que algunos tenían los cabellos negros y unos pocos rojos. Estaba de pie, perfectamente alineados, esperando, y se limitaron a mirar a los tres visitantes con leve curiosidad, que molestó a Dickson.
—Como si fuésemos bichitos —masculló.
—Tal vez somos eso para ellos —dijo Minerva.
—¿Sabe una cosa? —la miró vivamente el escritor—. A mí me parece extraordinariamente casual que hace sólo unos minutos estuviera usted aleccionando a los niños respecto a que no debían sentir temor si aparecía un OVNI.
—Comprendo su sorpresa, Dickson, pero ¡imagínese la mía!
—Creo que usted no se ha llevado ninguna sorpresa.
—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Myrna.
—Me pregunto cómo deben ser las mujeres de Agramaar —dijo lentamente Dickson—. Pero observe usted a estos... hombres y dígame cómo se imagina a sus hembras.
Myrna Masterson parpadeó. Luego, tras mirar a los hombres inmóviles y silenciosos, volvió la mirada hacia Minerva Smith, que sonrió divertida.
—Bueno, no..., no sé... —casi tartamudeó.
—¿No sabe? Observe a la señorita Smith, y quizá se haga una idea muy aproximada. Alta en verdad, rubia, hermosa, inteligente, segura

de sí misma, aparecida milagrosamente en el pueblo cuando se iba Rosie Glendon, aleccionando a los niños para que no se asustaran, y por último, muy amistosa con Ovon. ¡Vamos, Myrna...! ¿Esto no le sugiere a usted nada?
—Me parece... demasiado fantástico.
—Y a mí me parece que, como buen novelista, Dickson tiene una imaginación en verdad admirable —rió, Minerva—. Espero que salga de su error cuando vea a las mujeres de estos seres.
—¿Cómo sabe usted que hay mujeres a bordo? —preguntó rápidamente Dickson.
—Lo he supuesto... ¡Caramba, Dickson, acabo de oír que llevan setecientos años viajando! Me parece mucho tiempo para que un ser de apariencia normal esté sin compañía... adecuada.
—Está bien. Ya veremos si hay mujeres, y cómo son.
El vestíbulo de la nave estaba dividido en dos compartimentos por una pared que, como todo allí, parecía de acero, pero que ciertamente, no era compacto, pues un panel se descorrió silenciosamente dejando un hueco en la pared. Entraron los tres a una sala de distribución. Había un tramo de peldaños que descendía, y otro que ascendía, aparte de las finas líneas que delimitaban la existencia de cuatro compuertas más. Compuertas que se abrieron, también silenciosamente, en cuanto ellos estuvieron en la sala.
Dickson echó un rápido vistazo a los cuatro compartimentos correspondientes, seguido por Minerva y Myrna. Los cuatro aposentos estaban iluminados indirectamente, y la sensación que producían era sedante, tranquilizadora. Había sillones anatómicos, pantallas de televisión, y lo que parecían lámparas colocadas junto a camillas...
—Parecen cuartos de relax —dijo Myrna—. Y esas lámparas deben ser de rayos ultravioleta, o algo parecido.
—Tal vez les guste tomar el sol, aunque sea artificial —sonrió Minerva Smith—. Y se diría que también les gusta la televisión. Me pregunto qué programas deben ofrecerles.
—Tal vez podríamos encender uno de estos aparatos —sugirió Myrna Masterson.
Apenas hubo dicho esto, los cuatro televisores se encendieron a la vez, y las imágenes aparecieron, en hermosos colores. Un vídeo presentaba una serie de ecuaciones matemáticas absolutamente fuera del alcance de los visitantes. En otro apareció la Tierra, vista desde el espacio, desde diferentes puntos, y luego paisajes terrestres de los diversos continentes, y grandes zonas de mar. En la tercera pantalla se veía una gran multitud de seres terrestres en una calle que. Minerva Smith describió como la Quinta Avenida de Nueva York; luego apareció otra multitud en los Campos Elíseos de París; más adelante, un contingente de personas increíble en un paraje de la India... La cuarta pantalla

ofrecía, sucesivamente, las imágenes de toda una serie de proyectiles balísticos y concentraciones militares.
No se oía sonido alguno. Evidentemente, la explicación estaba en un lado de la pantalla por donde parecía caer una lluvia lenta de símbolos de diferentes formas y colores que, por supuesto, nada significaron para los visitantes.
—Yo diría —murmuró Minerva— qué nos están estudiando a fondo. A todo el planeta.
—Esto mismo se podría conseguir desde uno de los satélites espías de nuestro país o de Rusia —replicó acremente Dickson.
—Piense usted lo que quiera —encogió los hombros Minerva.
Descendieron al piso inferior. Allí, todo parecía destinado a dormitorios, y no había nada más. Regresaron al nivel central de la nave y subieron al piso superior.
Aquí, todo era una gran nave única, con el centro despejado, pero mostrando en todo el perímetro los paneles de mando y control. Otra docena de hombres estaban allí, sentados ante diversos aparatos, todos ellos fuera de funcionamiento. El silencio era total. Los seres de Agramaar les miraron, y eso fue todo. Dickson estuvo unos minutos recorriendo todo el circuito de paneles y controles, y, contra lo que esperaba, no vio indicación alguna en idioma inglés, ruso o cualquier otro que él pudiera conocer de la Tierra. Todas las señalizaciones estaban realizadas con símbolos de diversas formas y colores, como la cascada de información de los televisores. No parecía haber en toda la nave un, solo detalle que delatase la mano de obra de Estados Unidos, Rusia, Japón, China, Francia... Sólo símbolos.
Finalmente, Dickson tuvo que convencerse. Pero todavía le quedaba la última baza de su incredulidad..
—Yo no he visto ninguna mujer —dijo, mirando a Minerva—. ¿Las ha visto usted?
—He visto lo mismo que usted. No hay mujeres. Pero debe haber una explicación al respecto.
—¿Sí? Me gustaría saber cuál es esa explicación.
—Pregúntele a Ovon, no a mí.
Poco después, aparecían en el vestíbulo de la nave. Los seres que antes habían visto allí ya no estaban. Mientras descendían por la rampa los vieron por la plaza, conversando con los habitantes de Oakley Farms. Los niños estaban jugando con los robots, riendo a más y mejor.
Al pie de la rampa esperaba Ovon, conversando con el alcalde. Steve Merton, con el doctor Sheppard y con el alguacil Alan Fenwick, que parecía no saber qué hacer para desembarazarse de su revólver metido en la funda.
—Ah, señor Maxwell —los acogió Ovon, con radiante sonrisa—. ¿Les ha resultado interesante la visita?

—¿No llevan ustedes hembras? —le espetó el escritor.
—En esta nave, no. Van en la nave general, y casi nunca nos acompañan cuando visitamos por primera vez un planeta.
—Ya. ¿Y dónde está esa nave?
—Arriba, señor Maxwell —señaló Ovon hacia el cielo, riendo—. Arriba, lejos del alcance de todos los sistemas de detección terrestres. Tenemos una larga experiencia en nuestras visitas planetarias, de modo que las dejamos en lugar seguro.
—¿No son capaces de defenderlas?
—La mejor defensa es dejarlas allí arriba, señor Maxwell.
—¿Y sus armas? ¿Qué armas utilizan ustedes?
—No utilizamos absolutamente ninguna clase de arma. Vamos a los planetas, los examinamos, y si no nos interesan, nos vamos. No somos combatientes, sólo científicos.
—¿No tienen tropas?
—No. Ocupamos nuestro tiempo, nuestras mentes y nuestras riquezas en cosas mucho más satisfactorias que destruir cualquier signo de vida, no ya en nuestro planeta, sino en todo el universo.
—¿Qué satisfacción esperan conseguir aquí, en la Tierra?
—Oiga, señor Maxwell —refunfuñó Steve Merton—, permítame recordarle que la máxima autoridad en Oakley Farms soy yo, y que me considero capacitado para afrontar la situación. Especialmente, porque no veo peligro alguno.
—Todos ustedes son una pandilla de bobos —dijo el escritor, alejándose.
—Señor Maxwell.
Dickson se volvió, mirando hoscamente a Ovon, que era quien le había llamado.
—¿Qué demonios quiere? —gruñó.
—¿Aceptaría ser usted el primero en someterse a nuestros tests?
—¿Qué dice? —saltó el escritor—. ¡No pienso seguirles el juego de ninguna manera! Además, ¿en qué consisten esos tests?
—Simplemente, en ver televisión. Usted se acomoda a su gusto en una de nuestras salas de relax que sin duda ha visitado, y nosotros le ofrecemos un programa de televisión. Eso es todo lo que tiene que hacer.
—Me parece una idiotez;
—Pero no lo es, señor Maxwell. Disponemos de un sistema de detección de sus reacciones y emociones que nos permitiría valorar su grado de inteligencia absoluta, y su calidad de bondad. Fíjese que he dicho su grado de inteligencia absoluta.
—No entiendo lo que quiere decir.
—Usted, seguramente, está considerado como un hombre inteligente aquí, en la Tierra, pero eso no significa nada para nosotros, que

desdeñamos las inteligencias comparadas. Por ejemplo, un perro parece más inteligente que una araña, según la versión de ustedes. Esa versión implica una comparación subjetiva. El perro es más inteligente que la araña para ustedes. Pero… ¿realmente es más inteligente el perro que la araña? Por el mismo procedimiento, dicen que es más bueno el perro que la víbora. Pero eso es para ustedes, que hacen esa valoración de acuerdo a sus medidas de seguridad y preferencia. No obstante, en términos absolutos, quizá la araña sea más inteligente que el perro, y la víbora más buena que el perro. ¿Me ha comprendido?
—Por supuesto —farfulló Dickson.
—Lo celebro. Del mismo modo, tal vez está considerado inteligente en comparación con otros terráqueos menos inteligentes qué usted. Pero esa inferioridad de inteligencia de otros terráqueos con respecto a usted no significa forzosamente que usted sea poseedor de una mínima inteligencia absoluta. Se lo voy a poner todavía más sencillo… Usted es un hombre alto comparado con el señor Merton, pero es bajo comparado conmigo. Entonces…, ¿es usted alto o es usted bajo? Usted es inteligente comparado con el mono, pero tal vez no lo sea comparado conmigo. ¿Cuál es, entonces, la medida exacta de su inteligencia, cuál es su inteligencia absoluta?
—¿Ustedes pueden saber eso? —murmuró Dickson.
—Sí. Del mismo modo que podemos conocer su grado de bondad absoluta. Porque por ejemplo, usted puede ser tenido por persona bondadosa comparado con un criminal, pero puede ser un criminal comparado conmigo. ¿Es o no es usted perverso? ¿Es o no es usted bondadoso, señor Maxwell?
—No creo nada de lo que usted está diciendo.
—Sométase a la sencilla prueba que le he sugerido, y yo le convenceré de que podemos obtener esa información absoluta sobre usted.
—¿Y qué ganarían con ello?
—No debe importarle lo que ganaríamos nosotros, sino lo que ganaría usted.
—¿Qué ganaría?
—Es de suponer que a todos nos conviene saber cuáles son nuestras verdaderas posibilidades, ¿no le parece?
—Yo sé muy bien cuáles son mis verdaderas posibilidades, y lo único qué me preocupa en estos momentos es saber qué demonios están tramando ustedes con esto. Porque, amigo mío, usted podrá decir lo que le dé la gana, pero para mí, todos ustedes son norteamericanos, como yo, y…
—¿También son norteamericanos Krak, Krok y Kruk? —sonrió Ovon.
—Escuche, maldita sea —casi gritó Dickson—, he visto aparatos más sorprendentes que esos payasos de metal, que son simples máquinas

dirigidas por radio, del mismo modo que pueden dirigirse a distancia coches, aviones y hasta toda una serie de aparatos que están dando vueltas por el espacio. La ciencia cibernética está en estos momentos a una altura, aquí, en la Tierra, que permite fabricar artefactos muy superiores a esos tontos robots, que están muy bien para que se diviertan unos cuantos niños, pero no para convencer a un hombre culto, a un intelectual como yo. ¿Me ha entendido usted a mi?

—Desde luego, señor Maxwell.

—Pues digiéralo. Y ahora, no me fastidien más.

Dio media vuelta, y se alejó de nuevo. Myrna Masterson titubeó un instante, y se fue detrás de Maxwell. Hubo unos segundos de silencio en el pequeño grupo formado por Ovon, Minerva, el alcalde Merton, el doctor Sheppard y el alguacil Fenwick. Por fin, Minerva preguntó:

—¿Podría yo someterme a esos tests, Ovon?

—Naturalmente. Pueden hacerlo todos cuantos lo deseen. La verdad es que nos gustaría que lo hicieran todos los habitantes de este lugar, señorita Smith.

—Eso no va a ser fácil —murmuró el alcalde—. Conozco bien a mis vecinos, y puedo asegurarle que no les hará mucha gracia meterse ahí dentro para ser… examinados.

—Sólo se trata de que vean un programa de televisión, señor Merton —dijo Ovon—. No tendrán que hacer nada más, ni sufrirán molestia alguna. Ver televisión, eso es todo.

—Quizá si entro yo y luego les explico el procedimiento, y me ven sana y salva, empiecen a decidirse los más atrevidos —dijo Minerva—. Y sabido es que si alguien da el primer paso los demás le seguirán.

—Se lo agradezco mucho, señorita Smith —dijo Ovon—. Bien, señor Merton, quizá sería oportuno que comenzara a hablar usted con sus vecinos al respecto, mientras la señorita Smith acepta la prueba. Dígales que dentro de poco la verán salir, podrán hacerle las preguntas que quieran, convencerse de que nada malo le ha ocurrido. ¿Cuento con su ayuda, señor Merton?

—Lo único que puedo decirle es que lo voy a intentar —dijo Merton.

—Gracias. ¿Señorita Smith?

—Cuando usted quiera —sonrió Minerva.

Ovon señaló hacia la nave, y los dos subieron por la rampa. Formaban una pareja formidable, magnífica.

Poco después, los dos entraban en una de las cuatro salitas de relax, y cada uno ocupaba un asiento. Las pantallas de televisión estaban apagadas. Ovon se quedó mirando con expresión entre amable y divertida a Minerva Smith.

—Bien, ¿cómo va todo? —preguntó.

—Bien, salvo el inconveniente de Dickson Maxwell. Sin duda, es un hombre… especialmente inteligente.

—Para la Tierra, quizá —dijo Ovon—, pero no para nosotros. Ni siquiera para nuestras máquinas. ¿Qué te parece si descansamos un poco?
—Estaba pensando en ello —sonrió la bellísima Minerva.
Se quedaron inmóviles, cerrados los ojos. La transformación se produjo rápidamente, en cuestión de segundos. Lo primero que sucedió fue que el tamaño de ambos se redujo a poco más de un metro. La siguiente fase de la metamorfosis fue todavía más espectacular... Desapareció de sus cuerpos todo vestigio de cabello y vello, los ojos se agrandaron, y acto seguido lo hizo la cabeza, que adoquinó un tamaño doble, prominente la frente, disminuidas la barbilla y la boca; la nariz quedó convertida en un pliegue parecido a un; ombligo terráqueo; de los ojos desapareció el iris, quedando todo, pupila, de un color negro absoluto. Los brazos y las piernas se acortaron, y en los extremos aparecieron seis dedos, sin palma.
Transcurrieron unos segundos más antes de que Ovon, tras un profundo suspiro, preguntara:
—¿Cómo está Olov?
—Supongo que bien. Debe estar vigilando a Maxwell, pues habrá percibido su reacción.
—Volviendo a Dickson Maxwell, me preguntó si puede estar capacitado para dificultar nuestra operación.
—Es sólo un terráqueo —rechazó Minerva.
—En ese caso, indudablemente, podremos controlarlo cono a los demás. Lo que significará que nuevamente habremos fracasado... Creo que deberíamos marcharnos de aquí ahora mismo.
—No, todavía no.
—Es evidente que los terráqueos son inferiores a nosotros, Alva. Por lo tanto, nada conseguiremos con ellos.
—Quizá no, pero ya estamos aquí, y me parecería absurdo marcharnos sin haber realizado el plan previsto. Si los resultados son negativos nos iremos, pero no antes de intentarlo.
—No podremos obtener nada de esos raquíticos cerebros que nutra o mejore los nuestros. Hemos estado en planetas cuyos habitantes eran más inteligentes que los de éste, y no conseguimos nada. No hemos conseguido nada nosotros ni el resto de las naves de Agramaar que hace setecientos años fueron lanzadas al espacio en busca de una solución.
—Esa solución tiene que estar en algún lugar del universo, Ovon. ¡Tiene que estarlo, todo debe estar compensado! ¡Tiene que estar en alguna parte!
—Tal vez. Pero no aquí, en la Tierra. Son seres inferiores. Alva, no quieras engañarte a ti misma. Y mientras tanto, los de Xalixa siguen a la espera de nuestra degeneración total...

—No te aflijas —susurró Alva—. Ya sabes que todo cuanto existe en el universo tendrá un fin…, salvo el propio universo. Quizá nos ha llegado a los agramaanos el momento de dar paso a otras manifestaciones de vida.
—¡Pero no a los xalixanos! ¡Sería horrible!
—Todo está en continua evolución —movió su gran cabeza Alva—, y no seremos nosotros los que podamos impedirlo si ha llegado el momento de ser absorbidos por ella. Tal vez lo que necesita ahora el universo es la expansión de los xalixanos.
—¡No! ¡NO!
—Tranquilízate —Alva se puso en pie sobre sus cortas piernecillas—. Bien, voy a volver ahí fuera, a ver si puedo encauzar las cosas a nuestra conveniencia. Tú encárgate de que todo esté preparado.
La metamorfosis se produjo de nuevo, y el ser llamado Alva se convirtió en la bellísima señorita Smith.

CAPÍTULO VI

—¿Cómo le ha ido? —exclamó Merton cuando Minerva se reunió con él, Fenwick y el doctor Sheppard ante la nave—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha tenido que hacer?
—Calma, señor Merton —sonrió Minerva—. Déjeme recuperarme, por favor.
—Recuperarse… ¿de qué? —saltó el doctor Sheppard.
—¿Le han hecho algo… molesto? —preguntó Fenwick.
—Nada en absoluto. Simplemente, como Ovon dijo, me colocaron en una de las salas de relax y me ofrecieron un programa de televisión. Y eso fue todo.
—¡Cómo, todo! —exclamó Merton.
—Todo —aseguró Minerva, todavía sonriente—. Y por cierto, era un programa precioso.
—¿Qué clase de programa? ¿De qué trata?
—No puedo decírselo, señor Merton. Lo único que puedo decirle es que aparecen… imágenes de otros mundos.
—¿Qué imágenes? ¿Qué otros mundos? —se impacientó el doctor Sheppard.
—No puedo decirlo. Mejor dicho, no debo decirlo, porque entonces las reacciones de todos los que acepten el experimento no serían espontáneas, llegarían ya mentalmente predispuestos a determinadas actitudes. Creo que lo mejor es que cada cual asuma su propia experiencia y muestre sus propias reacciones. ¿Vieron adonde fue el señor Maxwell?
—Él y la señorita Masterson entraron en el bar.

—Gracias. Parece que el bar es el punto de reunión aquí... Iré a charlar con ellos. Y creo que ustedes deberían convencer a sus vecinos de que acepten la oferta de Ovon. Hasta luego.
Minerva Smith se dirigió hacia el bar, en cuya puerta, sentado sobre los cuartos traseros, estaba. «Canidus», que la miró alegremente. Minerva sonrió al perro, empujó la puerta, y entró en el local, seguido del animal. Solamente vio a Myrna Masterson y a Dickson Maxwell, sentados a una mesa, tomando café. Ellos también la vieron, y se quedaron mirándola mientras se acercaba.
—¿Qué? —preguntó maliciosamente Maxwell—. ¿Cómo ha ido esa prueba?
—Oh, muy bien, ya lo creo. Ha sido... extraordinario todo, se lo aseguro. He visto otros mundos.
—O sea, que no eran los «programas» que vimos antes.
—Claro que no.
—¿Y qué programas eran ahora? —preguntó Myrna Masterson.
—Les sugiero que los vean ustedes mismos —rió Minerva—. Están muy solos aquí.
—Los bobos de este pueblo prefieren mirar los robots y a esos bellos americanos —dijo Maxwell.
—Es usted muy terco, Dickson. Y en vista de su actitud creo que lo mejor será que los deje solos. Espero no haber interrumpido nada importante entre ustedes.
—Myrna está enferma del corazón —dijo inopinadamente el escritor —. ¿Qué le parece?
Minerva se desconcertó.
—¿Que qué me parece? Pues no sé... Lo lamento, claro está. No sé qué más puedo decir.
—Está aquí descansando, reponiéndose. Al parecer, su médico le aconsejó que pasara una temporada en un lugar como Oakley Farms. Realmente, según parece, está muy enferma.
—Tengo la impresión de que quiere usted decirme algo, pero no consigo entender de qué se trata.
—He tenido ocasión de fijarme mejor en Myrna —prosiguió Maxwell, como si no hubiera oído a Minerva—, y creo que es una muchacha encantadora. ¿No está de acuerdo?
—Por favor, Dickson —murmuró la muchacha.
Minerva miró a uno y a otro. Sonrió.
—Se dice que la belleza está en los ojos que la miran. De modo que si para usted la señorita Masterson es encantadora nadie podría discutírselo.
—Se me ha ocurrido que unos seres tan... superiores cómo Ovon y sus congéneres podrían tal vez disponer de algún... aparato de avanzadísima técnica que pudiera... normalizar el corazón de Myrna...

¿Le parece esto descabellado?
—No me parece nada. ¿Por qué no entran en la nave y se lo preguntan a Ovon?
—Y de paso, nos sometemos a ese experimento, ¿no?
—No me parece mala idea. ¿No han visto por aquí a los demás?
—¿Quiénes son los demás?
—Me refiero a los que son forasteros, como nosotros; los tres cazadores y la parejilla de enamorados.
—No, no los hemos visto —dijo Myrna.
—Es cierto —reflexionó Dickson—. ¡Qué curioso!
—¿No los han visto en ningún momento cerca de la nave, o en la plaza?
—No... Yo no lo recuerdo.
—Ni yo —dijo Myrna—. Y es verdaderamente curioso, porque todo el pueblo está en la plaza. Incluso el dueño del bar. Dickson ha tenido que manejar él mismo la cafetería para conseguir nuestros cafés.
—¿Para qué busca usted a los demás? —preguntó Dickson.
—No los busco. Simplemente, me sorprende no verlos en parte alguna, ¿van a ir ustedes a la nave?
—Quizá vayamos —murmuró Dickson—. Pero sea como fuere no es cuenta suya.
—Una respuesta como ésa merece una discreta retirada-rió Minerva—. Hasta luego.
Dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, seguida de «Canidus». Cuando la puerta se hubo cerrado, Dickson murmuró:
—Vas a pensar que estoy loco, pero... ¿tú no percibes... algo raro?
—¿A qué te refieres?
—No lo sé... ¡No lo sé, pero hay algo qué me tiene inquieto! Y no es esa nave, desde luego.
—¡Realmente, crees que es un artefacto nuestro, de los Estados Unidos?
—Podría ser. Pero esa cosa que siento, esa inquietud... Me gustaría saber por qué Minerva se ha interesado tanto por Brooks y los otros. Y me gustaría saber también dónde se han metido, porque verdaderamente es bien extraño que no estén por aquí. Vamos a buscarlos.
—¿Qué? —se sorprendió Myrna—. ¿Para qué?
—Todavía tengo algo de gasolina en mi coche. Vamos a dar una vuelta a ver si los localizamos. Bueno —titubeó—, no tienes qué venir si no lo deseas.
—Iré contigo-se puso en pie la muchacha.
Cuando salieron del bar «Canidus» estaba allí, sentado en el porche sobre sus cuartos traseros. Los miró, y Dickson sintió un repeluzno, que Myrna percibió.

—¿Qué te pasa?
—Este animal... ¡Me pone nervioso! Debería estar con Minerva, ¿no te parece? Dejó a su ama para venirse aquí. Sin embargo, hace rato que nos está siguiendo a nosotros.
—Acabarás por ponerme nerviosa —sonrió Myrna a la fuerza.
Dickson hizo un gesto como de disculpa, y miró hacia la nave AG0743, frente a la cual había ahora un numeroso grupo de vecinos esperando su turno para entrar en ella, encabezados por el alcalde, Steve Merton, que les estaba dirigiendo la palabra.
—Da la vuelta por la derecha a la plaza —dijo Dickson—, y yo lo haré por la izquierda. Nos encontraremos aquí, a menos que uno de nosotros encuentre a Brooks y los otros. Si los encuentras tú diles que quiero hablar con ellos.
—Está bien.
Se separaron. Dickson volvió la cabeza, y vio a «Canidus» caminando tras él. Hizo un gesto como para darle un puntapié, y el animal retrocedió, sin más reacción, fija su mirada en los ojos del novelista, que reanudó su camino. De cuando en cuando volvía la cabeza, y siempre veía tras él al animal. Dickson Maxwell tenía la sensación de un algo frío que se estaba incrustando en su médula.
En el lado de la plaza que él se había asignado vio a los niños todavía jugando con los robots, que parecían capaces de todas las habilidades del mundo. Dickson se acercó, y se colocó frente a uno de los robots que estaba haciendo una cómica gimnasia... El robot se detuvo de pronto, quedó inmóvil. Dickson se acercó más, quedó a menos de un metro de él, observando los negros ojos de cristal.

* * *

—¡Ovon!
Ovon volvió la cabeza, y acudió rápidamente junto al ser que le había llamado. Se colocó junto a él, frente a la cámara de televisión en la que aparecía ocupando toda la pantalla el rostro de Dickson Maxwell.
—¿Qué ocurre?
—No lo sé. Se ha detenido frente a Kruk, y está mirando los objetivos de las cámaras. Míralo.
Ovon ya miraba con suma atención el rostro de Dickson, y en especial los ojos. Estuvo así unos segundos, durante los cuales el rostro del escritor no expresó emoción alguna. Simplemente, miraba los ojos de Kruk.
—¿No está vigilado? —preguntó de pronto.
—Sí.
—Es un hombre poco corriente. Inferior, pero poco corriente en su inferioridad.

—¿Crees que puede ser uno de ellos?
El cuerpo de Ovon se estremeció.
—No lo sé. Pero podría serlo.
—Eso significaría que también se nos habrían adelantado en este planeta.
—Sí... Significaría eso. Pero debe haber alguna parte a la que ellos no hayan llegado.
Hubo, de pronto, un cambio de expresión en el rostro de Dickson Maxwell. Sus facciones se distendieron en una sonrisa, y su lengua apareció entre los labios, con un gesto burlón.
—¿Qué es eso? ¿Qué ha hecho?
—No lo sé.
El rostro de Dickson Maxwell desapareció de la pantalla...

* * *

Dickson se apartó de delante del robot, y se alejó. El robot giró en dirección a él, y eso fue todo. Detrás de Maxwell caminaba «Canidus», con tenacidad admirable; El escritor dio la vuelta a la plaza, y llegó al bar, frente al cual le esperaba ya Myrna.
—Creí que los habías encontrado —dijo la muchacha.
—No. Me detuve a jugar un poco con uno de los robots. ¿Tú tampoco los has visto?
—No.
—Bien. Vamos a dar una vuelta con mi coche, a ver si los vemos por ahí. Me resisto a creerlo de tres sujetos como Maurer, Ambler y Brooks, pero quizá se hayan asustado y estén alejándose a pie. En los Howell ya me sorprendería menos.
Subieron al coche, y se dirigieron a la salida sur de la población. Al parecer, nadie les prestaba la menor atención..., salvo los robots, que se habían vuelto hacia ellos un instante. Dickson miró por el retrovisor, y sonrió secamente al ver a «Canidus» que se iba quedando atrás.
—¿Hacia dónde vamos?
—Hacia los pantanos. Ellos conocen bien esa zona, y si se han asustado quizá hayan decidido esconderse por allí. Eso, si no han optado por irse con el coche utilizando cualquier camino, por malo que sea. Tampoco viste sus coches, ¿verdad?
—No... No los vi, es cierto.
—Bien.
Vieron los coches solamente un par de minutos más tarde. Estaban detenidos a un lado de la carretera, metidos entre unos arbustos y a la sombra de un grupo de árboles. Dickson detuvo su automóvil, y señaló los otros dos.

—Ahí están. Y parece que han decidido permanecer juntos.
—Es extraño que no nos dijeran nada a nosotros.
—Debieron vernos ante la nave, y puesto que ellos no querían saber nada con eso, se fueron. Vamos a ver si los encontramos. Deben estar cerca de los coches, naturalmente. Iremos a pie, no quiero que mi viejo cacharro se estropee.
Salieron los dos del coche, tras apagar Dickson el motor. Una vez en el exterior, se miraron. Había un silencio denso alrededor. Era como la ausencia de sonidos familiares, como si todo lo anterior, todos los rumores conocidos, hubieran muerto para siempre. Myrna se tomó del brazo de Dickson, que la miró.
—¿Estás asustada?
Ella movió afirmativamente la cabeza. Dickson titubeó, y dijo:
—Quizá sería mejor que te quedaras en el coche.
—¿Por qué dices eso?
—Temo que algo les haya ocurrido. Este silencio no es normal. Debe haber cinco personas, ahí, pero no oímos sus voces, no oímos nada. No es normal.
—¿Crees... que están muertos?
—No sé. Pero es todo tan extraño —se estremeció—. Vuelve al coche, y yo miraré...
—No, por favor. Prefiero ir contigo.
—Está bien.
Se acercaron a los dos automóviles, detenidos uno junto a otro. Persistía el silencio, y ellos no hacían ruido alguno. De pronto Dickson oyó un rumor, como el chirriar de algo. Se detuvo en seco, y le hizo señas a Myrna para que esperase allí mismo. Continuó avanzando solo, siempre en silencio, pues aquellos chirridos indicaban sin lugar a dudas la presencia de algo. Algo que podía ser horrible, tenía ese presentimiento, y no quería que Myrna lo viera.
Apartó unos matorrales, y miró por entre ellos.
Entonces, sintió como si toda su sangre quedase congelada.

CAPÍTULO VII

Había allí cinco extraños y pequeños monstruos.
Cinco seres de cuyas bocas brotaban aquellos chirridos que no podían ser otra cosa que sus voces, su sistema de comunicación. Estaban sentados en el suelo, formando un círculo, como realizando una conferencia.
Sus cabezas, e incluso el vello que las cubría completamente, eran de color amarillento, tenían un solo ojo y carecían de orejas; su tamaño no debía exceder del de una naranja corriente. Sus bocas eran como

diminutos agujeros. Eran horripilantes. Pero no sólo sus cabezas, sino todo su cuerpo, dotado de brazos largos y piernas cortas, delgadas y como de goma. Eran parecidos a chimpancés, pero del mismo color amarillento que la cabeza... Una extraña reunión de semisimios de color amarillo y con un solo ojo.

Dickson se estremeció cuando, a su espalda, todavía lejos, oyó el ladrido de un perro.

Y entonces presenció algo que le pareció todavía más horrible: ante sus ojos, en cuestión de un segundo, aquellos cinco seres se transformaron, mientras se movían rápidamente con un gesto de alarma colectiva.

En un segundo, Dickson Maxwell tuvo ante él a Robert y Helen Howell y a los tres cazadores, Brooks, Maurer y Ambler. Retrocedió un paso, giró, y se dio de bruces con Myrna, que se acercaba a él silenciosamente. La muchacha abrió la boca para decir algo, pero Dickson, reaccionando, se la tapó con una mano. Ella vio su rostro pálido y desencajado, y se asustó, sus ojos se abrieron mucho...

El ladrido se repitió, y «Canidus» apareció por un lado, mientras los matorrales se apartaban y Brooks, Maurer y Ambler aparecían por el otro.

Los tres cazadores se quedaron mirando fijamente a Maxwell y la muchacha. Luego, terminaron de apartar los matorrales y se acercaron. Unos treinta metros más allá «Canidus» se había detenido, y ladraba ahora sin parar, estremecido su cuerpo, erizado el lomo.

Brooks se llevó la escopeta al hombro, apuntó, un instante, y disparó, tirando de los dos gatillos a la vez. «Canidus» lanzó un tremolante aullido, saltó en el aire, y se desplomó, muerto.

Inmediatamente, Brooks se volvió hacia Dickson y Myrna, y les sonrió con expresión amable.

—Me parece que ese perro se había vuelto loco —dijo—. Seguramente se disponía a atacarles, Maxwell.

Dickson quiso hablar, pero no lo consiguió. De entre los matorrales aparecieron Helen y Robert, preguntando éste:

—¿Lo has matado?

—Sí —asintió Brooks—. No he tenido más remedio.

—¿Se encuentran bien? —se interesó amablemente Maurer—. Los dos están muy pálidos, Maxwell.

Con un esfuerzo, Dickson consiguió reaccionar.

—El perro... Bueno, iba a atacarnos, y...

—Me parece que no es eso lo que le tiene tan impresionado —sonrió Maurer—. Nos ha visto, ¿verdad? Usted me entiende.

—No..., no sé a qué se refiere.

—Sí lo sabe. Y lo siento por usted. Por los dos. Temo que tendremos que asegurarnos de su silencio, Maxwell.

—¿Qué quiere decir? —preguntó con voz aguda Myrna, ya libre su boca de la mano de Maxwell.
—Su amigo se lo dirá —señaló Maurer a Dickson—. Por el momento los dos van a permanecer aquí, bajo la vigilancia de Bob y Helen. Pero no teman, todavía no vamos a matarlos: ya que los tenemos disponibles los aprovecharemos más tarde.
—¿Nos... aprovecharán?
—No se complique la vida. Toma, Bob —Maurer le entregó su escopeta al bello rubio—, vigílalos bien. Nosotros vamos al pueblo a hacer nuestra parte.
—Pe... pero... ¿qué..., qué significa todo esto? —tartamudeó Myrna—. ¿Qué piensan hacer con nosotros? ¿Qué..., qué pasa?
—Me parece que ella no nos ha visto como usted, Maxwell —rió Maurer—. Bueno, métanse entre los matorrales con Bob y Helen, y pórtense bien. Si intentan alguna tontería Bob los matará a los dos. Vámonos.
Brooks cerró la escopeta recién recargada, miró amablemente a Dickson y Myrna, y se fue en pos de Maurer y Ambler. Bob movió la escopeta hacia los matorrales.
—Entren ahí, vamos.
Dickson tiró de la mano de la cada vez más asustada y desconcertada Myrna, y se metieron entre los matorrales. Howell señaló el suelo, y los dos se sentaron, obedientes, cogidos de la mano. Los Howell se sentaron ante ellos, con las piernas cruzadas. Se oyó el zumbido del motor del coche de los tres cazadores, alejándose. Regresó el silencio. Aquel silencio que había estremecido a Dickson Maxwell.
—¿Se le está pasando el susto, Maxwell? —rió Helen.
—No me asustan los trucos —dijo el escritor—. Bueno, admito que me he sobresaltado antes, pero no estoy asustado.
—¿De qué trucos habla usted? —preguntó Robert.
—Del de ustedes. Supongo que debe ser algo relacionado con la hipnosis, o algo parecido.
—Vamos, no diga tonterías —rechazó Robert.
—Dickson, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Myrna.
—Nada importante. Una tontería.
Los Howell se echaron a reír. Dickson se iba serenando rápidamente. Tenía la certeza de que había visto una realidad, no una imagen producida por hipnosis ni por sugestión de cualquier clase. Había presenciado una metamorfosis. Una metamorfosis que, ciertamente, no podía llevar a cabo ningún ser del planeta Tierra. Se estremeció al pensar esto, y los Howell, que no le perdían de vista, volvieron a reír.
—Me gustaría saber a qué conclusiones está usted llegando, Maxwell —dijo Robert—. Deben ser de lo más interesante.
—No se canse, joven —replicó burlonamente Dickson—; no va a

impresionarme. Ya no. Y por muy fijamente que me mire no va a sugestionarme nuevamente. En cuanto a eso de matarnos, será mejor que reflexione sobre ello. El alguacil Fenwick sabe que vinimos a buscarlos a ustedes. Y por otra parte, si nos matan con esa escopeta le será muy fácil seguir la pista... ¿De qué se ríe ahora?

En efecto, los Howell volvían a reír. La situación era divertida para ellos. Ahora, ya definitivamente sereno, Dickson alcanzó a distinguir en sus ojos una luz de escalofriante maldad. Por mucho que rieran tan simpáticamente, eran seres malvados. Tan malvados que habían esparcido a su alrededor como un... perfume maligno mientras estuvieron convertidos en semisimios. Un perfume, una malignidad, que había provocado aquel silencio extraño, aquel repeluzno en él...

—Me parece que no le gustamos mucho —susurró Helen.

—Pues no somos tan feos —dijo festivamente Robert—. Quiero decir, ahora. Antes sí debimos resultarle a Maxwell un poco... raros. Chocantes, diría yo. ¿No es así, Maxwell?

—Ya les he dicho que no me asustan los trucos.

—Pero... ¿de qué estáis hablando? —insistió Myrna.

—Me parece que me hipnotizaron, de algún modo que sí es sorprendente —dijo como de mala gana Dickson—. Me hicieron creer que eran una especie de..., de micos asquerosos..

—Dios mío —gimió Myrna—. ¡No entiendo nada!

—¿Micos asquerosos? —frunció el ceño Robert—. Vamos, Maxwell, lo que usted vio era un ejemplo quintuplicado de una forma de vida infinitamente superior a la de la Tierra. ¡Muy superior a cualquier forma de vida terráquea!

—Eso es una estupidez —sonrió irónicamente el escritor—. Ustedes no son más que micos evolucionados. Es ahora cuando tienen un cierto nivel de inteligencia, no antes.

—No sabe usted lo que está diciendo —aseguró Robert—. En nuestro estado natural somos de una superioridad que usted jamás podría comprender. Nosotros, los...

—No me fastidie más. Y no se le ocurra molestar a Myrna con sus trucos, ¿entiende? Ya es bastante mala nuestra situación para soportar trucos absurdos. No le mires más a los ojos; Myrna —ordenó a la muchacha—. Deja que diga todo lo que quiera, pero no le mires a los ojos. Ni a ella tampoco.

—Es usted un cretino, dicho sea en términos terrestres —rió Robert—. No pueden hacer nada contra la inevitable. Y esto es lo inevitable. Vea, señorita Masterson...

Ante los horrorizados ojos de Myrna Masterson la metamorfosis se produjo de nuevo: Robert Howell se convirtió en un semisimio..., de brazos largos y delgados, enclenques, en los cuales, la escopeta de caza pareció pesar enormemente, convertirse en un objeto difícil de

manejar.
Dickson Maxwell no esperó siquiera a que la metamorfosis terminase. Apenas Robert Howell perdió su apariencia humana se abalanzó contra él con toda su potencia física de atleta. Debía pesar cuatro veces lo que Robert Howell, y, en cuestión de habilidad física, era muy superior.
Robert Howell lanzó un chirriante chillido, mucho más agudo que el alarido de espanto de Myrna Masterson, cuando el escritor le arrancó la escopeta de un puntapié, y acto seguido, sin darle tiempo a la menor reacción, volvió a golpearle con el pie, ahora en la cabeza, que reventó como una fruta madura, lanzando a todos lados un viscoso líquido denso y amarillento.
Desorbitados los ojos, jadeante, Maxwell se volvió hacia Helen, que terminaba su metamorfosis entonces, para mayor espanto de Myrna. Dickson apuntó a Helen con un dedo.
—Será mejor que no intentes...
Lanzó un aullido de dolor, y cayó de rodillas. Tenía la sensación de que su cabeza iba a estallar. Era el dolor más espantoso que había experimentado en su vida, algo inaudito, insoportable. Se llevó las manos a las sienes, donde parecía tener sendos taladros que iban a destruir su cerebro.
Pero todavía, cómo un último resto de reacción, alcanzó a comprender que Helen le estaba matando mentalmente, que el arma que lo estaba aniquilando no era otra que la sentencia de muerte telepática. Giró, cayó de bruces dando la espalda a Helen, y sus manos asieron la escopeta.
Con ella en las manos se volvió, quedando sentado, apuntó a Helen, y, justo cuando veía la negrura de la muerte ante sus ojos y en su cerebro, apretó los dos gatillos a la vez.
Helen Howell se desintegró en pequeños pedazos amarillentos, como una fruta cuya pulpa fuese esparcida por un petardo colocado en su interior. Y, en el acto, cesó el espantoso dolor en la cabeza de Dickson Maxwell, que emitió un gemido, soltó la escopeta, y volvió a desplomarse de bruces.
—¡Dickson! —gritó Myrna.
El escritor sintió las manos de la muchacha en su cuerpo. Quedó de cara al cielo. Un cielo azul, espléndido, maravilloso, en el que lucía el sol. Por contraste con el dolor experimentado segundos antes, pensó que nunca en su vida se había encontrado mejor. Era... como si dentro de su cabeza hubiera tenido burbujas molestas que ahora hubieran estallado. Burbujas que habían estado oprimiendo su cerebro, que ahora se expandía, limpio, poderoso, lúcido.
—Oh, Dios mío —gemía Myrna—. Dios mío, Dios mío...
—Estoy bien —sonrió Dickson—. Tranquilízate.

Se puso en pie, ayudado por la muchacha. Sonriendo todavía, Dickson aprovechó para abrazarla y besarla en la boca. Persistía el silencio, aquel silencio que tenía sobrecogido a Dickson Maxwell. Un silencio malvado.
Apartó suavemente a Myrna, y murmuró:
—Decididamente, no eres fea.
—Oh, Dickson, no sé qué...
—No tenemos tiempo para pensar en nosotros ahora, querida. Sé que se está gestando algo horrible a nuestro alrededor, y tenemos que evitarlo. Vamos a regresar, inmediatamente al pueblo. Nos acercaremos lo máximo posible con el coche, y terminaremos de llegar a pie.
—Pero ¿qué vamos a hacer?
—Creo —reflexionó Dickson— que lo mas conveniente es visitar a Minerva. Ella tiene algo que ver con esto, estoy seguro; así que iremos a su casa por la puerta de atrás y le explicaremos lo ocurrido.

* * *

Cuando Dickson Maxwell terminó su explicación Minerva le estaba mirando fijamente, inexpresivo el rostro. Aparecía tan serena, lo había escuchado todo con tanta naturalidad, que Myrna no podía comprenderlo.
—¿Por qué ha venido a contármelo a mí, Dickson? —preguntó Minerva—. ¿No cree que sería más apropiado que se lo hubiera contado al alguacil?
—No. Usted está metida en esto, lo sé. Pienso..., pienso que si esa nave es nuestra, terrestre, de Estados Unidos, tal vez nuestro gobierno supiera ya lo de esos... bichos, y precisamente ustedes, en esa nave, los están buscando.
Minerva sonrió levemente, con un dejo de tristeza en su expresión.
—De modo que mataron a Olov... —suspiró.
—¿A quién?
—A Olov. A «Canidus».
—No comprendo —susurró el escritor—. Mejor dicho, no sé si debo creer lo que comprendo.
—Debe creerlo, Dickson. «Canidus» era uno de los nuestros. Retiramos a Rose, Glendon y a su perro, y Olov y yo ocupamos sus puestos aquí, en Oakley Farms. Pero no se preocupe, tanto Rose Glendon como su perro están bien, y volverán.
Myrna se llevó las manos a la boca, pues tuvo que comprender lo que significaban las palabras de Minerva Smith. Dickson se pasó la lengua por los labios.
—¿Quiere decir que usted también es... como ellos?

—Tengo más o menos las mismas facultades, pero no soy como ellos. Ellos pertenecen a la galaxia Xalixa, y nosotros, ya se lo dijo Ovon, al planeta Agramaar, de la galaxia Maia, dicho todo en sonidos terrestres.

El escritor se paso una mano por la frente. De pronto, miró a Minerva.

—Mire, si todo esto es un secreto de Estado, o algo que el mundo no debe saber, le aseguro que ni Myrna ni yo diremos nada a nadie, ¡Así que, por favor, no quieran volvernos locos!

—Si me aseguran que conservarán la serenidad puedo demostrarles inmediatamente que no soy terrestre. ¿De acuerdo?

Ni Dickson ni Myrna dijeron nada. Simplemente, se quedaron mirando expectantes a Minerva, cuya metamorfosis se produjo rápidamente. Así, ante los dos terráqueos, quedó sentada en el sillón aquella pequeña figura sin vello alguno, de grandes ojos todo pupila y con la enorme cabeza sobre los frágiles hombros. En los cortos brazos se agitaron los seis dedos.

—Dios nos valga —jadeó Dickson Maxwell.

El menudo ser permaneció ante sus ojos ocho o diez segundos. Luego se convirtió de nuevo en la bellísima Minerva Smith. Los ojos de Myrna Masterson parecían a punto de saltar de las órbitas.

—Hace muchísimo tiempo que existe esta lucha —dijo Minerva.

—¿Qué lucha?

—Entre los de la galaxia Maia y los de la galaxia Xalixa. Al principio de los tiempos conocidos siempre dominábamos nosotros la situación. Eso era todo lo que hacíamos: dominar la situación, manteniendo alejados de Maia a los de Xalixa. Nuestra única arma era la mente. Con ella podíamos controlar a los xalixanos, e incluso, si hubiéramos querido, matarlos. Pero nosotros nunca hemos recurrido a la muerte, así que, simplemente, los manteníamos alejados con el poder de nuestras mentes. Sin embargo, el tiempo fue degenerando nuestras facultades mentales, y las que ustedes llamarían físicas. Llegó el momento en que quedamos reducidos físicamente a como acaban de verme, y mentalmente perdimos con mucha rapidez nuestra potencia. Es una degeneración natural, que llega tarde o temprano a toda forma de vida, y la habríamos aceptado si no hubiera sido por los xalixanos. Ellos se dieron cuenta de que empezábamos a degenerar, y consideraron que había llegado su momento. Comenzaron a atacarnos con sus naves, y fueron destruyendo planeta tras planeta de la galaxia Maia. El exterminio fue horrendo, y finalmente, los pocos maianos que quedábamos nos replegamos a Agramaar, uno de los más lejanos planetas habitables de la galaxia. Allí, nos dimos cuenta de que mientras permaneciéramos dentro de nuestras naves todavía podríamos resistir durante bastante tiempo las agresiones de los xalixanos, pese a que sus mentes, ahora en evolución, cada día eran

más poderosas, y podían aniquilarnos con ellas, como anteriormente pudimos hacer nosotros. Una forma de vida iba degenerando, nosotros, y otra forma de vida iba evolucionando, ellos. Nos comunicamos con los xalixanos para pedirles que nos dejasen en paz en el confín de nuestra galaxia, en Agramaar, y su respuesta fue qué la hegemonía de Xalixa debía ser total...

—Pero ¿por qué? ¿Para qué querían ellos su galaxia, la de ustedes?

—Para nada. Los conceptos de valor, riqueza, dinero, no existen ni en su galaxia ni en la nuestra. Simplemente, quieren expandirse por todo el universo, hasta que su forma de vida sea la única. Así que están expandiéndose por todo el universo, aniquilando todas las formas de vida. Y evidentemente, han llegado a la Tierra también.

—Pero... nosotros seguimos con vida, la Tierra sigue existiendo.

—Así es, evidentemente. Hemos hallado galaxias enteras arrasadas por los xalixanos durante nuestra búsqueda de setecientos años en mediada de ustedes... Todavía quedan galaxias y planetas en el universo, pero con vidas inferiores incluso a la de ustedes. Cuando llegamos aquí no sabíamos que ellos nos habían precedido. Si hubiera sido así, nos habríamos marchado, porque el hecho de que no los hayan aniquilado significa que los consideran de una inferioridad pareja a la de otras galaxias y planetas habitados, que desdeñaron. Pero si están aquí es porque los tienen en cuenta en alguna medida, y se proponen aniquilarlos...

—Después de aprovecharnos —dijo rápidamente Dickson.

—¿Aprovecharlos?

—Eso dijeron. Que todavía no iban a matarnos a Myrna y a mí, porque ya nos tenían nos aprovecharían más tarde.

—¿En qué sentido?

—Eso no lo dijeron. No tengo ni idea. ¿Qué es lo que están buscando ustedes por el universo hace setecientos años?

—Algo que retrase nuestra degeneración, y si es posible algo que nos revitalice totalmente en nuestra energía mental, a cada instante más debilitada. Si tuviéramos nuestra energía originaria no podría vivir ningún ser de Xalixa a menos de cien millones de kilómetros de nosotros, siempre utilizando las medidas de ustedes.

—Sí, sí, comprendo...

—¿Se da cuenta, Dickson? Si ellos están aquí, tan cerca de nuestra nave, significa que los maianos estamos al límite de nuestras energías, que estamos llegando al final absoluto. Jamás un xalixano había podido acercarse a un maiano. ¡Y ahora los tenemos a unos cuantos pasos! Eso significa que nuestra forma de vida ha llegado al límite de degeneración posible...

—O que la energía mental de ellos ha aumentado de un modo no previsible. Ha aumentado tanto que pueden soportar la presencia de

ustedes. ¿Había ocurrido esto antes en alguna ocasión?
—No, todavía no había llegado ese momento. Y teníamos la esperanza de encontrar una… fuente de energía para nuestras mentes antes de la total aniquilación. Eso es lo que estamos haciendo aquí… Es cierto que buscamos básicamente la manifestación de la bondad, por medio de la absorción de sentimientos de nuestros «televisores», pero no es menos cierto que cuando encontremos seres de adecuada bondad analizaremos su inteligencia absoluta, y si es del grado mínimo requerido buscaremos el modo de… absorber una parte que nos permita la regeneración. Y esta vez, aun lamentándolo, nos dedicaremos a exterminar por agresión mental a los xalixanos, para evitar que acaben con la variedad de formas de vida que existen en el universo.
—¿Tantas formas de vida hay? —murmuró Myrna.
—Todavía quedan tantas —la miró Minerva— que los xalixanos necesitarían millones de años de extender su maldad para acabar con ellas. Pero lo harían. Así pues, si los maianos consiguiéramos esa regeneración, los exterminaríamos… de una vez por todas.
—¿Y cómo exterminan las formas de vida los xalixanos en las galaxias que visitan?
—Por el mismo procedimiento nuestro; envían la muerte con potencia de su mente.
—Es decir, que podrían aniquilar a todos los seres vivientes del planeta Tierra, si lo desearan.
—En un segundo —asintió Minerva.
Myrna mostró una expresión horrorizada. Dickson Maxwell entornó los párpados.
—¿Y por qué no lo han hecho con la vida en la Tierra? ¿Qué es lo que aprovechan de nosotros? ¿Nuestra inteligencia? ¿Hacen lo que habrían hecho ustedes? ¿Absorben parte de nuestra potencia mental para fortalecer la suya, somos como… vitaminas mentales para ellos? Eso debe saberlo ya Ovon, ¿no es cierto? Ovon tiene que saber ya si nuestra inteligencia tiene la suficiente… calidad para ser absorbida en forma de energía mental. ¿No le ha dicho él nada al respecto?
—Ovon desistió de esa búsqueda en ustedes, porque percibimos inmediatamente su grado mental, y no nos satisfizo. Ni siquiera estamos utilizando los analizadores. Salta a la vista.
—Eso es humillante para nosotros, ¿no? —gruñó Dickson—. Pero si ni siquiera se están molestando en utilizar los analizadores, ¿qué están haciendo con los que han aceptado entrar en la nave para ver su programa de «televisión»?
—Sí están utilizando los analizadores, en realidad, pero sólo a partir de determinado grado. Si el grado de potencia mental del sujeto es inferior al mínimo exigido, el analizador no presenta resultado alguno.

Lo que sí sabemos es que su grado de maldad sería... conveniente para mentalizarnos en el sentido de exterminar a los xalixanos.
—Ya sé que no somos ángeles —gruñó de nuevo Dickson—, pero ¿también somos tan tontos? ¿Todos somos tan tontos?
—La palabra tonto —sonrió Minerva— es de una gran ingenuidad, Dickson, pero expresa una realidad.
—Pero... ¿todos? ¿No podría yo, u otros seres humanos de la Tierra, alcanzar ese... grado mínimo?
—Tal vez. Pero con unos cuantos seres más dotados que los otros no solucionaríamos el problema. Necesitamos absorber energía mental de millones y millones de fuentes.
—Pero si tan tontos somos..., ¿por qué nos quieren... aprovechar los de Xalixa? ¿Qué es lo que aprovechan de nosotros? ¿No podría ser que ellos hubieran encontrado en la Tierra una... forma de energía que ustedes no pueden o no saben captar? Porque si están aquí sin exterminarnos es por algo, ¿no? Somos sus vitaminas mentales, ¿no le parece eso posible y razonable?
—Parece razonable —admitió Minerva Smith.
—Entonces, todo lo que tenemos que hacer es averiguar cómo obtienen de nosotros esas vitaminas. ¿Qué se le ocurre a usted?
—Nada. Desde el momento en que el analizador no reacciona ante el grado mental mínimo exigido, no se me ocurre nada. Es decir, que todos nosotros seremos aniquilados. Todos.

CAPÍTULO VIII

Dickson Maxwell se puso en pie, se acercó a la ventana del saloncito, y vio un lado de la plaza, donde estaba el platillo volante. Entre la gente que esperaba su turno para ser analizada, distinguió de pronto a Ambler, Maurer y Brooks, y lanzó una exclamación.
—¡Están esperando para entrar! —exclamó—. ¡Mírelos!
Minerva y Myrna corrieron hacía la ventana. La primera movió la cabeza con un gesto de derrota.
—Quieren aniquilarnos a todos. Naturalmente, ellos saben que somos maianos.
—¿Y por qué esperan su turno? Disponen de dos escopetas, y de su maldito poder mental aniquilador. Bastaría desear la muerte de todos los habitantes y visitantes de este pueblo, incluidos ustedes, para que no quedase nadie con vida, ¿no es así?
—Si todos estuvieran fuera de nuestra nave, sí. Pero en el control siempre hay un grupo de los nuestros, y ellos saben que no morirían. La sala de control permanece cerrada, y ya le dije que dentro de nuestras naves estamos a salvo. De modo que lo que ellos quieren es

llegar a la sala de control, y entonces, sí, todos moriremos. Es el material de la nave lo que nos protege.
—Entiendo. Y para no provocar la alarma y que se cierre completamente la nave accionada desde la sala de control, pretenden engañar a Ovon y a los demás, único modo de que les dejen llegar a esa sala..., ya que si empezasen a disparar o a matar mentalmente, la nave sería cerrada por los maianos que hay en la sala de control.
—Sí, exactamente.
—Observe las personas que hay ante ellos. ¿Cuánto calcula que tardarán en entrar en la nave por turno?
—Unos veinte minutos.
—Veinte minutos... Tengo que pensar en algo que nos permita quitarlos de en medio. ¿No podría usted... aniquilarlos mentalmente?
—Ya no. Ahora menos que nunca, pues su poder ha aumentado muchísimo. Por eso los rehuimos en el espacio y en todas partes.
—Su poder ha aumentado muchísimo... Y ellos están aquí, en el planeta Tierra... ¿Cree que sólo había esos cinco, o puede haber algunos más?
—¿Algunos más? ¡Si permanecen en la Tierra sin exterminarlos a todos ustedes es que debe haber cientos de miles de ellos, Dickson!
—Dios mío... —gimió Myrna:
—Supongamos —susurró el escritor—, supongamos que ustedes, los maianos, pudieran revitalizarse absorbiendo una energía mental adecuada, iniciar un ciclo de regeneración que les devolviese sus facultades iniciales. Si esto ocurriese, ¿podrían exterminar a todos los xalixanos que hay en la Tierra?
—Ya le dije que nos bastaría el deseo mental para que fuesen exterminados en cien millones de kilómetros a la redonda.
—Bien... ¡Bien! Pero antes que nada debemos deshacernos de esa gente..., o lo que sea.
—Antes... ¿de qué?
—¿Sabe usted lo que decimos los terráqueos, Minerva? Respecto a nuestra inteligencia, a nuestro poder mental. Decimos que el ser humano está utilizando solamente el diez por ciento de su verdadera capacidad. Pero yo he obtenido conclusiones mucho más exigentes. Creo firmemente que no estamos utilizando el diez por ciento, sino el uno por ciento.
—Eso no es posible. Se utiliza la inteligencia que se tiene, el poder mental de que se dispone.
—No forzosamente. Pueden haber intervenido diversos factores, que desde luego ni se me ocurren, que hayan dificultado en determinado momento la utilización de nuestra total capacidad. Vamos a admitir que realmente estamos utilizando el uno por ciento. Entonces, si... liberásemos el noventa y nueve por ciento restante, ¿cree que ustedes

podrían utilizar nuestra energía, que sería lo bastante buena para su regeneración, su revitalizacióh?
—¿Su inteligencia detectada, aumentada cien veces? Creo que sería más que suficiente.
—De acuerdo... ¡Estupendo! Yo sé cómo podemos intentar liberar ese noventa y nueve por ciento. Pero tengo que entrar en esa nave antes de que ellos consigan sus propósitos. Y creo que sé cómo podremos conseguirlo. ¿Puede usted..., podría... tomar la apariencia de otra persona, o sólo la que ha adoptado como Minerva Smith?
—Usted ya tuvo pruebas al respecto, Dickson.
—¿Yo? No comprendo.
—Pero sí recordará el pajarillo que vio en la cocina, y el gatito que encontró fuera de la casa.
—¿Era usted? —exclamó Dickson.
—Sí. Finalmente, me convertí en mariposa. Y luego, cuando Rose Glendon abrió la puerta de la cocina para que me marchara y su perro salió detrás de mí, me convertí en «Canidus». Al regresar a la casa le ordené mentalmente a Rose Glendon que debí marcharse. Y ella se fue al día siguiente adonde teníamos al verdadero «Canidus», cuyo puesto ocupó entonces mi compañero Olov.
—Esto..:, esto como una pesadilla —tartamudeó Myrna.
—Pero entonces —preguntó Maxwell—, si podía adoptar cualquier aspecto, ¿por qué apareció Minerva Smith? Le bastaba impulsar a Rose a marcharse con su perro aquella misma noche y ocupar usted y Olov sus lugares.
—Con el perro era fácil, porque no habla —sonrió Minerva Smith—. Pero Rose Glendon sí habla, y mi usurpación es física, no mental. Tenía que aparecer como otra persona, y estar aquí para poder enterarme de todo lo que hablasen ustedes y al mismo tiempo cuidar de los niños.
—De modo que realmente son ustedes bondadosos.
—Lo hemos sido hasta ahora. Pero si pudiéramos exterminar a los xalixanos, lo haríamos, a ellos sí. ¡Lo haríamos!
—Lo vamos a hacer —dijo secamente Dickson—. Nos vamos a cargar a todos esos asesinos de ámbito universal. Tenemos dos posibilidades de lograrlo. Una, que yo entre ahí y le diga a Ovon cómo me deben someter al analizador. Dos, que descubramos qué es lo que obtienen los xalixanos de nosotros. Esta segunda parte le corresponderá a usted hacerla, Minerva. ¿Puede tomar la apariencia de Helen Howell... sin perder por ello su superior inteligencia de maiana?
—Naturalmente.
—Entonces, efectúe esa metamorfosis, vaya a hablar con esos tres hombres, y, simulando ser Helen Howell, entérese de qué es lo que ellos aprovechan de los terrestres. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Puedo intentarlo, pero si se dan cuenta, me matarán.
—Están desarmados... Maldita sea, acabo de decir una tontería enorme. Bien, es un riesgo, desde luego.
—Un riesgo insignificante. Mi vida no significa nada comparada con la Vida, Dickson. Y de todos modos, si no hacemos algo moriremos todos, tarde o temprano, aquí y en todo el universo. Iré.
—Le preguntarán qué ha pasado, por qué no está con nosotros, con Myrna y conmigo, vigilándonos. Diga que yo les ataqué, y que tuvieron que matarme, y a Myrna también. Eso, quizá incluso le facilite alguna explicación respecto a cómo nos aprovechan. Luego dígales que Robert Howell les está esperando en la oficina del alguacil, y que deben ir todos allá. Por mucho que le insistan, no les diga de qué se trata, diga que es Robert Howell quien lo ha exigido así. ¡Tiene que conseguirlo como sea!
—Haré todo lo posible. ¿Algo más?
—No. Espere cinco minutos antes de salir, por la parte de atrás, y dé la vuelta, como si llegara desde fuera del pueblo. Luego haga exactamente lo que le he dicho. Sólo eso. ¡Y no utilice su superior inteligencia, sólo la terráquea! ¿Está claro? No piense. Sólo haga lo que le he dicho.
—Sí, de acuerdo.
—Vámonos, Myrna —le tendió la mano Dickson.
—¿Adonde? ¿Qué vamos a hacer nosotros, Dickson?
—Ya lo verás. ¡De prisa! El tiempo está pasando..., y tenemos que hacerlo antes de que les toque el turno de entrar.
Cuatro minutos más tarde, tras una carrera por la parte de atrás de las casas que dejó jadeante y lívida a Myrna, los dos llegaban a la oficina de Fenwick, que estaba abierta. Por supuesto, Fenwick no estaba allí, sino en la plaza.
—Mira por la ventana, y avísame si ves venir a Minerva y a esos tres... Bueno, a Minerva no, a Helen... ¡Ya sabes!
—Sí... Sí, sí.
Dickson fue directo al armero, donde había otro revólver y dos rifles, bien protegidos del polvo por la puerta de cristal. Se quitó la chaqueta, la puso ante el cristal, y rompió éste de un puñetazo. Myrna se volvió a mirarlo sobresaltada, pero Dickson no le hizo caso alguno. Sacó las armas, las examinó, y fue lanzando maldición tras maldición: las tres estaban descargadas.
Un minuto más tarde, tras descerrajar uno de los cajones de la mesa del alguacil, encontró munición para las tres armas. Cargó uno de los rifles...
—¡Dickson, ya vienen!
—¡Maldita sea! ¡Ven aquí! ¿Sabes disparar con rifle?
—¿Yo? No... No, no. Bu... bueno, en casetas de tiro al..., al blanco...

—¡Esto es lo mismo, sólo que en lugar de acertar unos patitos tienes que acertar a un hombre! —Dickson hablaba mientras cargaba frenéticamente el otro rifle—. ¡Vamos, toma este rifle!
Myrna se acercó, tomó el arma, y miró con expresión desorbitada a Dickson, en cuya frente había unas gotitas de sudor. El periodista cerró el depósito de su rifle, y miró fijamente a la muchacha.
—Myrna, esos seres que ves ahí no son humanos, y sabes tan bien como yo lo que pretenden, lo que ya han hecho en el universo... ¡Tienes que mentalizarte en ese sentido! No los veas más que como patitos de esos que hay en las casetas de tiro, o como si fuesen a tomarte una fotografía gratis si aciertas el botón. Yo solo no podría matar a tres con la suficiente rapidez, tienes que ayudarme... ¡Te diré cuál es tu patito!
Casi la arrastró hacia la ventana. A unos cincuenta metros vio a Helen Howell, John Maurer, Wendell Ambler y James Brooks..., con los que tan bien lo había pasado charlando y jugando al póquer. ¡Dios!
—Apunta al centro del pecho de Ambler. No pienses en nada más. Apunta al centro del pecho, y cuando yo diga «ya», dispara. Sólo eso.
—No..., no sé si..., si podré...
—Apunta. ¡Ponte a un lado, que no te vean!
Se colocaron uno a cada lado de la ventana. Los cuatro extraterrestres estaban ya a menos de veinte metros. Quince. Diez. Era imposible fallar el disparo, imposible... Pero Dickson esperó todavía a que diesen tres pasos más.
—Ya —dijo.
El primero en disparar fue él, y, a menos de ocho metros, ya muy cerca del porche de la oficina de Fenwick, Brooks recibió el balazo en pleno corazón, y saltó, hacia atrás, fulminantemente muerto. Dickson apuntó rápidamente a Maurer, mientras sonaba el disparo efectuado por Myrna Wendell Ambler lanzaba un aullido, giraba sobre sí mismo, y caía de rodillas, de espaldas a la oficina, con una bala en su hombro derecho.
En el momento en que Dickson Maxwell disparaba de nuevo y metía la bala en la cabeza de John Maurer, matándolo también en el acto, sintió la tremenda y dolorosa punzada en la cabeza, tan violenta que casi le hizo desvanecerse. Junto a él, Myrna se desplomó, chillando, y afuera cayó Helen Howell como fulminada, mientras Wendell Ambler se volvía, mirando hacia la oficina.
Loco de dolor, Dickson Maxwell apretó el gatillo contra la forma humana que veía confusamente. Tuvo la sensación de que su cabeza, y no la de Ambler, iba a estallar, al mismo tiempo que tenía conciencia de que caía hacia atrás...
Un instante más tarde estaba tendido cara al techo, sin dolor alguno, parpadeando. Había estado, por un instante, como sumergido en una

densa masa negra en la que, tras parecer que se iba a hundir, flotó súbitamente, llegando a la zona de luz. Durante un par de segundos, inmóvil, la comprensión de que había hecho contacto con la Muerte lo mantuvo inmóvil, como insensibilizado a todo. En seguida, oyó los gritos lejanos y el gemido cercano.
Se incorporó vivamente.
—¡Myrna! —gritó.
La vio tendida cerca de él, de costado, mirándolo de un modo extraño, como alucinada. Ella parpadeó, y Dickson comprendió que estaba viva. Gateó rápidamente hacia ella.
—Myrna... ¿Estás bien? ¿Estás bien, mi amor?
—Me siento estupendamente —dijo Myrna Masterson.
—Sé lo que sientes. Es como si tu cabeza se hubiera... aligerado.
—Sí... Estoy bien, ahora, pero ha sido un dolor espantoso.
—Una fracción de segundo más y estaríamos muertos. Vamos a ver a Minerva.
Se pusieron en pie y salieron de la oficina. Desde la plaza, mucha gente corría hacia la oficina de Fenwick, con éste en cabeza. El alguacil estaba demudado, y llevaba en la mano su revólver. Al ver a Dickson y Myrna salir de su oficina se desconcertó. Luego vio a Helen Howell poniéndose en pie junto a los tres cazadores, cuyas posturas y manchas de sangre le hicieron comprender que ellos no se alzarían.
—¿Qué ha pasado aquí? —aulló Fenwick, sin saber qué hacer con su revólver.
—Yo se lo explicaré —dijo Dickson a Myrna—. Tú ve a buscar al doctor Sheppard, y dile que necesito inmediatamente por lo menos un par de dosis de pentotal.

* * *

—¿Está seguro de que quiere hacerlo, Maxwell? —insistió el doctor Sheppard, jeringuilla en mano.
—Desde luego. Y no entiendo por qué se preocupa tanto. A fin de cuentas el pentotal es lo que utilizan en nuestras clínicas y hospitales para anestesia en intervenciones quirúrgicas.
—Sí, pero... Bueno, no sé...
—Recuerdo que hace cinco o seis años me extirparon el apéndice —sonrió Dickson Maxwell—. La enfermera me pinchó, el pentotal penetró en mi sangre, y no tuve tiempo de decir ni pío. Me quedé más que dormido, como muerto. Estaba vivo sin existir. Todas mis funciones vitales quedaron en suspenso. Era yo y no era yo. Y recuerdo que tuve imágenes mentales jamás captadas antes. Extrañas imágenes en extrañas situaciones. ¿Sabe qué pensé luego, cuando ya repuesto analizaba esto, doctor?

—¿Qué pensó?

Todos miraban fijamente a Dickson, sentado en uno de los sillones de una salita de relax. Ahora no funcionaba ningún televisor, sino que tenía colocado en la cabeza un diminuto casco de metal del que partían varios hilos que estaban conectados a uno de los aparatos apagados de televisión. Estaban allí Myrna, Minerva, Fenwick, Ovon, y dos compañeros de éste.

—Pensé que el pentotal había liberado completamente mi mente. Y no es de sorprender, puesto que es utilizado como «suero de la verdad», en dosis adecuadas. Y me pregunté: ¿cuál es mi auténtica verdad? ¿Qué facultades tiene mi cerebro, de dónde sacó aquellas imágenes desconocidas completamente en mi vida consciente? Y así, llegué a la conclusión de que había en mi mente, y en la de todo ser humano, un... potencial de captación que no conocemos conscientemente. De captación, de lucidez, de energía..., ¡qué sé yo! Y finalmente, me pregunté: ¿conoce mi mente subconscientemente cosas que no conoce conscientemente? Yo creo que sí, que mi mente, y las de todos ustedes, es mucho más poderosa de lo que sabemos, conocemos y utilizamos. Pero por lo que sea, esa... potencia, esa energía, esa sabiduría, está... enterrada lejos de nuestro alcance para el uso diario. Es una energía y una inteligencia que no precisamos para la mierda de vida que nos hemos inventado, pero está ahí, quizá recordando mejores modos de vivir. Estoy seguro de que está ahí, es decir —se tocó la cabeza—; está AQUÍ, DENTRO DE MI CABEZA. Y si está aquí, el analizador lo dirá. Bien, señores, ¡hasta luego!

—No es necesario que se someta a eso, señor Maxwell —dijo Ovon—. Ya tenemos otras solución para los maianos, la que Alva sonsacó a los xalixanos: ellos utilizaban la sangre de ustedes para preparar un suero que inyectaban directamente a sus cerebros, y que...

—Ya sé, ya sé —cortó amablemente Dickson—. Sus... vitaminas mentales, o cerebrales, era ese suero fabricado con sangre terrestre, que podrían utilizar ustedes también, habida cuenta de que con un litro de sangre humana pueden fabricar suero para un millón de sus ahora raquíticas mentes. No es sangre lo que sobra, pero ustedes serán suministrados periódicamente previo acuerdo con los gobiernos terráqueos. A fin de cuentas, en cuanto hayan recuperado su energía mental nos librarán de los xalixanos, y eso bien merece unos cuantos cientos de litros de sangre terráquea. Eso, para que sigan llamándonos seres inferiores. Pero es que, además de nuestra sangre que va a salvar su forma de vida, quiero demostrarles que también nuestros cerebros son... aptos, que no son cerebros inferiores, sino de primerísima calidad universal. ¡Por Dios!, no puede ser de otro modo, ¿no lo comprende? Podemos estar atontados en la actualidad, pero eso es por causas ajenas a nuestra verdadera capacidad. ¡Daría cualquier cosa

por ver esos símbolos ovoidales de color rojo en la pantalla! ¿Qué espera usted, doctor?

Sheppard encogió los hombros, acercó la punta de la aguja al brazo de Dickson Maxwell, ya preparado, la clavó, e inyectó el pentotal.

En un instante, Dickson Maxwell se relajó, quedó como muerto, cómodamente instalado en la butaca. Durante unos segundos reinó el silencio en el cuarto de relax. Por fin, Ovon se acercó al televisor, y accionó los mandos. Hubo una breve sacudida en la cabeza de Dickson, como si el casquete metálico fuera a saltar. Luego todo fue lento y suave. En la pantalla comenzaron a aparecer símbolos.

Los símbolos blancos significaban una inteligencia o poder mental prácticamente nulos. Los amarillos, una inteligencia incipiente. Luego los colores de los símbolos se iban oscureciendo hasta llegar al negro, que indicaban una inteligencia animal. A partir del negro, los símbolos cambiaban de forma, y se iniciaban de nuevo con el blanco, hasta llegar nuevamente al negro. Esta segunda fase, una vez sobrepasada, indicaba una inteligencia equiparable, a una cuarta parte de la de los maianos…

Vertiginosamente, la segunda fase fue cubierta por las radiaciones mentales del terrestre nominado Dickson Maxwell. La tercera fase, tras un nuevo cambio de símbolos, fue cubierta con la misma rapidez. La cuarta fase, ya con símbolos ovoidales, se iniciaba con el negro, y terminaba con el rojo vivo, y revelaba una inteligencia ya equiparable con la de los maianos. Por supuesto, nadie esperaba que Dickson Maxwell alcanzase esa fase.

Sin embargo, esa fase fue alcanzada y sobrepasada rápidamente, para pasmo e incredulidad de todos los presentes. Y no se detuvo aquí el proceso, sino que en la pantalla aparecieron nuevos símbolos, ahora hexagonales, que se iniciaban con el negro y terminaban con el blanco total. Los símbolos caían desde la parte superior de la pantalla rápidamente. De pronto, su velocidad de aparición decreció, se fueron frenando… Finalmente, todo se detuvo mostrando un hexágono rosado.

—No lo comprendo —dijo de pronto Ovon, atónito—. ¡No puedo comprenderlo! ¡Nos han sobrepasado!

—¿No estará funcionando mal este cacharro? —dijo Sheppard.

—¡Claro que no! ¡Y no consigo entenderlo! ¿Cómo es posible que teniendo esa grandiosa inteligencia estén viviendo ustedes en la Tierra como seres inferiores?

Nadie supo qué contestar.

ESTE ES EL FINAL

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Dickson.
Tendida junto a él en la; cama, Myrna le sonrió dulcemente.
—Muy bien. Pero ya sabes que cualquier día puedo morir, Dickson.
—Es más o menos lo que nos pasará a todos.
—Sí, pero no todos se casan con una chica fea y con el corazón hecho cisco.
—Tú tranquila. —Dickson la besó en la boca, y luego le acarició los senos—. Pues es verdad.
—¿El qué?
—Que engordando unos kilos y tomando el sol pareces otra. Vamos, no voy a decir que seas una belleza de concurso, pero... En fin, que estás como un tren. Más todavía: ¡como un platillo volante!
Myrna se echó a reír.
—¿Dónde crees que estarán ahora Ovon y Alva?
—¡Cualquiera sabe! Pero no te preocupes, ya verás cómo periódicamente aparecerán por la Tierra o por su ración de sangre... ¡Vampiros!
—En vez de darles podríamos permitir que absorbieran energía directamente de nuestros cerebros.
Dickson Maxwell, autor de la novela "Con los pies en la Tierra", best-seller mundial absoluto en los dos últimos meses, se quedó mirando pensativamente a su esposa. Afuera lucía un sol radiante, y desde la terraza del bungalow alquilado en Waikiki Beach, en las islas Hawaii, concretamente en la de Ohau, se veía el mar resplandeciente de largas olas rezumantes de espuma blanquísima.
—Bueno —se impacientó Myrna—, ¿que me contestas?
—Un huevo.
—¿Qué?
—¡Que un huevo les presto yo mi cerebro a esos seres inferiores! ¡Y gracias que les demos nuestra sangre! Vinieron aquí en plan de genios y se fueron con el rabo entre las piernas... Y te diré una cosa, mi amor. Si realmente existen los seres superiores, ¿dónde, si no en la Tierra, podrían estar?
—En ningún otro sitio.
—¡Tú lo has dicho!

FIN